

CAPÍTULOS GRATUITOS

Perspectiva de una mochila: Senegal y Gambia

Àlex Tobella

PRÓLOGO

Xavi Angerri

Profesor de la Universidad de Barcelona en los estudios de Sociología y Criminología, y profesor de la Universidad UPC de Ingeniería Informática y Sostenibilidad.

«África es, y seguirá siendo, el continente en el que quiero perderme el resto de mi vida».

Àlex Tobella

Querido lector, querida lectora,

Tienes entre tus manos un regalo de la vida. Considéralo también un conjunto de oportunidades. Una para descubrir una cultura, otra para relajarte y una tercera para reflexionar.

Aprovecha la oportunidad para descubrir África con las palabras de Àlex y las de otros autores citados (con lo que Àlex nos demuestra su humildad). El continente africano es otro mundo. Es diferente. Si vas a leer este libro con mentalidad europea y analizarlo con los valores impuestos por la cultura occidental, no entenderás nada.

Relájate, déjate llevar por los paisajes naturales descritos en cada página. Cierra los ojos unos segundos y visualiza lo que estás leyendo. Automáticamente, te transportarás a una hermosa playa o a un inmenso bosque. Amarás la naturaleza de nuevo y seguramente te tranquilizarás. También puedes relajarte escuchando sus pausadas conversaciones con las diferentes personas de las que aprende, charlas mágicas que recordarás para siempre.

Y reflexiona. Sí, reflexiona. Siempre he pensado que los libros de Àlex, este y el primero, Perspectiva de una mochila. India, podrían ser materiales excelentes para grupos de vida, clases de

filosofía o religión (se refieren al menos tres religiones). Muchas de las escenas que se describen nos invitan a reflexionar sobre nuestras acciones y trato hacia el continente africano. Àlex, a una de las personas con las que comparte una maravillosa conversación, le dice:

El problema es que vivimos en un mundo de ignorantes y no queremos indagar más allá. Con estos viajes, intento hacer conciencia, por lo menos entre mis amigos y familiares, que esto no es así. Intento vivir con la gente local y conocer sus perspectivas sobre el mundo. Es decir, adentrarme en la cultura de otras civilizaciones de las que los occidentales seguramente tenemos mucho que aprender.

Conmigo lo ha conseguido. Espero que también puedas extraer reflexiones interesantes y útiles para tu día a día.

Además, con este libro en las manos, tendrás la suerte de conocer a una grandísima persona, Àlex, un gran amante del mundo, de la vida y, sobre todo, de las personas. Es amigable y es muy fácil sentirse cómodo con él y te lo demostrará, ya que conversa con mucha gente que aporta vida a las escenas narradas. Te compartirá momentos de auténtico placer. Tú, que lees estas líneas, aprovecha cada momento de esta lectura y deja que él te hable al corazón.

Àlex es curioso, lo que lo convierte en un humilde y sabio observador, porque analiza y aprende de su entorno. Y, algo importante, nunca hace prejuicios, tiene su mente y corazón abiertos, lo que le permite presenciar escenas que tú y yo no viviríamos en África.

Como podrás leer, Àlex es solidario y nos incita a serlo. Es buena persona y no se conforma con cualquier cosa, para él las cosas deben estar bien hechas y se asegura.

Por cierto, hoy, fecha en la que escribo estas palabras, es 25 de mayo, Día Internacional de África. ¿Lo sabías? La vida me ha regalado este detalle, lo aprecio y lo comparto contigo.

Querido lector, querida lectora, gracias por estar ahí, te deseo de todo corazón que lo disfrutes y pases unos buenos momentos en África

DEDICATORIA

A mi bisabuela Mémé y a mi abuelo Jordi, gracias por los buenos recuerdos que me dejasteis.

A mi abuela paterna Anna Maria, por demostrarme que la edad no tiene fronteras para seguir disfrutando del día a día, incluso, superando los noventa años de edad. ¡Gracias!

Y especialmente a mi abuela materna Paquita, por declararme su amor incondicional y hacerme de segunda madre siempre que la he necesitado y cuando no.

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que me crucé a lo largo del recorrido realizado por estos dos preciosos países africanos. Especialmente a los hermanos Jusuf e Ibrahim, a la encantadora pareja formada por Marisa y Eddie, a los integrantes de la ONG Por Una Sonrisa en África y, sobre todo, a mi nuevo «Primo de Sangre» Abdoul Ba.

Agradezco el interés de mi buen amigo Javier Jordán, que nunca deja de sorprenderme. A Andrea Cos, por ser parte de este viaje; a la encantadora pareja formada por Marina Chiva y Ferrán Tomás, que no han dejado de apoyarme en este segundo libro; a Montse Grau y a mi padre Ramón, por ser las únicas personas que conocen los pequeños secretos de este libro antes de su publicación; a mi hermano Nacho, por darme su constante y acertada opinión sobre la portada del libro; a todos aquellos que colaboraron en la recaudación de dinero para la ONG Por Una Sonrisa en África y al fantástico grupo de alumnos de Gimnàstica Esportiva de tercero de primaria del colegio Sant Miquel de Barcelona del curso 2019-20, por su interés en este libro.

A mi buen amigo Xavi Angerri, por escribirme el prólogo del libro y por confiar desde el primer momento en la construcción de esta pequeña saga donde intento que el lector conozca un poco más, a través de la lectura, los países que he podido recorrer a lo largo de estos últimos años.

A toda la familia de Nova Casa Editorial por regalarme, de nuevo, la oportunidad de poder publicar un segundo libro. Y más concretamente a mi coordinadora Noelia Navarro, por su paciencia conmigo y por sus acertadas sugerencias; a Mario Morenza por transformar y/o enriquecer los posibles errores del texto con definiciones y frases más apropiadas; y a Joan Adell, por el simple hecho de confiar en Perspectiva de una mochila y su esencia.

Y especialmente a Lidia Aznar, por dejarme robarle parte de nuestro tiempo para terminar esta segunda entrega y apoyarme desde el momento que empecé a escribir sobre mi viaje a través de Senegal y Gambia.

ACLARACIONES

A lo largo de este libro, el lector precisará un conjunto de comentarios, opiniones y observaciones que se relacionan directamente con la cultura de los países visitados, Senegal y Gambia, con sus gentes y sus hábitos. Estas ideas se expresan desde una perspectiva personal y bajo ningún concepto pretenden hacer creer al lector que son incuestionables. Se tratan tan solo de mis puntos de vista, de las sensaciones y sentimientos experimentados durante el viaje que realicé en agosto de 2017.

No es la tierra roja, que no siempre lo es tanto. Tampoco los paisajes exuberantes o la vida en la calle, aunque a menudo resulte insoportablemente acogedora la mezcla de ruido, caos, colores, risas y olores de la vía pública de las ciudades africanas. Tampoco es la bruma del amanecer en los campos de té, las puestas de sol anaranjadas o el aroma a leña ardiendo en las aldeas. El embrujo de África no se sostiene en la belleza o el exotismo. Quizás sí ocurre así al principio, porque la fascinación nace habitualmente en la distancia, pero es un hechizo fugaz. Una vez se ponen los pies en África, se camina por sus calles y caminos, la fascinación por el continente surge de los detalles y brota de las preguntas sencillas.

Si al recorrer África se está dispuesto a interesarse por el otro y regalarse una pausa, a destinar la paciencia precisa ante la cotidianidad insignificante, el continente corresponde.

Xavier Aldekoa, Indestructibles.

1 LISBOA

Viajar es pasear un sueño.

Manuel Leguineche

El ambiente rebosaba de nerviosismo. La mayoría de los presentes iban con sus maletas buscando el mostrador de la aerolínea a la que pertenecía su vuelo o intentaban llegar lo antes posible a la zona en la que se hacía el control de seguridad. La atmósfera estaba cargada de incertidumbre y eso se palpaba en el rostro de los viajeros.

Mientras tanto, allí me encontraba, a la espera de mi turno para facturar a mi compañera de viaje. Aquella con la que recorrimos conjuntamente países tan fantásticos como India, Laos o Vietnam. Miré mi reloj y una sensación de tranquilidad recorrió mis venas. Aún tenía un margen considerable para llegar con tiempo a la puerta de embarque. Posteriormente, eché una mirada discreta a mí alrededor y pude percatarme que centenares de personas permanecían detrás de mí esperando su turno para realizar su facturación. Cuanto más lejos enfocasen mis ojos, más se podía percibir la angustia en los individuos. Una considerable masa de personas se hallaba frente a los mostradores aguardando su turno para no perder sus vuelos. Los nervios estaban en el ambiente y aún más después de que los medios de comunicación informasen de que los trabajadores de EULEN habían organizado una huelga.

—Buenos días —me dijo, con una calurosa sonrisa pero con la preocupación de no saber si el día terminaría sin que la sangre fuera el punto final de una jornada que empezaba con demasiada incertidumbre y nerviosismo.

—Buenos días.

—Pasaporte, por favor.

—Aquí tiene —le respondí a la chica del mostrador de ATP mientras le entregaba mi documentación.

Minutos después, me dirigí a la zona de control. Eran las cinco y media de la madrugada y, en vez de un aeropuerto, eso parecía las Ramblas de Barcelona. Era impactante y algo patético ver cómo la gente, a empujones, se hacía un sitio entre la multitud para llegar lo antes posible a las cintas de seguridad. Qué ganas tenía de dejar la sociedad occidental, cargada de prejuicios, y dirigirme a

África. Una sociedad con otros valores y con unas necesidades verdaderamente preocupantes y con la obligación de encontrar una solución.

Instantes más tarde de pasar el control de seguridad y dejar atrás el nerviosismo de las masas, decidí tomarme un café y enviar un par de mensajes a Mario Llonch. Aún tenía suficiente tiempo para llegar a la puerta de embarque que me llevaría directamente a Lisboa, mi primera y única parada antes de llegar al continente africano.

Mario era para mí una pieza de este viaje y su ayuda formaba parte de la esencia que quería encontrar en África. Sus conocimientos y experiencias fueron de gran ayuda para entender un poco más Senegal y más concretamente la labor de las ONG's en ese territorio. También aproveché la ocasión para leer un poco más sobre Dakar, mi primera parada en el continente negro. Se trataba de uno de los libros más importantes de Senegal y parte de África Occidental, El libro de los secretos, de Boubacar Boris Diop:

Algunos días hay que tener el valor de recordar algo tan sencillo como que no moriremos dos veces, que la muerte es, en definitiva, un acontecimiento tan único e irrisorio como el sonido de este tambor. Sin duda, se le puede temer, pero no hasta el punto de dejarse humillar por cualquiera. (2015: 67)

Frases como esta me transmitían que la ideología, la cultura y la forma de pensar de África sería un choque emocional tomando en cuenta las directrices en las que vivía, un mundo controlado por el capitalismo. Sin duda, estos pequeños fragmentos me hacían abrir el apetito para conocer la cultura del lugar al que me dirigía.

Para no tener que perder una suma considerable de dinero, me instalé en un hostel cerca de la parada de metro «intendente», en una zona donde no se respiraba la esencia del turismo y donde los precios de los hoteles y hostales eran mucho más económicos que en el centro de la ciudad. Al llegar al hostel en el que había decidido pasar mi única noche, me percaté del porqué de la baja suma de dinero por sus servicios. Las paredes estaban decoradas con un conjunto de cuadros paupérrimos y la suciedad absorbía la poca alegría de sus imágenes. En las cortinas, de un color rojo estropeado, se podía percibir agujeros de un tamaño considerable que permitían que la luz del sol cruzara hasta el interior de la estancia provocando que el sofocante calor de agosto penetrara con más fuerza en la habitación, mientras que la recepción, con un aire pobre y entristecido, provocaba una sensación de abandono y desaseo en el hostel.

Un hombre de mediana edad y rasgos musulmanes, se entretenía con el móvil a la espera de que alguien o algo apareciesen para romper la monotonía del lugar. Al cruzar la puerta, se apresuró para disimular su aburrimiento y, con cara de amabilidad, me preguntó qué necesitaba.

—Tengo una reserva para una noche —le dije, mientras contemplaba la decadencia del lugar.

Minutos después del check-in me dirigí a la habitación que se me había asignado, una estancia de tres literas sin lavabo que daba algo de grima. Pude percatarme que tampoco era el único individuo que permanecería la próxima noche allí, ya que un par de sujetadores se encontraban tirados en distintas camas mientras un par de pantalones y una camiseta permanecían en la cama inferior de la litera que se me había asignado. Al ver el desorden y suciedad del lugar, decidí empezar mi ruta por la ciudad lo antes posible, ya que tampoco tenía la obligación de permanecer mucho tiempo allí. Había llegado el momento de recorrer una de las ciudades europeas más bonitas desde mi punto de vista y que ya había visitado cuatro años atrás con mis amigos Gerard y Pol.

El sol proyectaba sus rayos hacia la ciudad portuguesa obligando a nativos y turistas buscar la sombra como posible remedio para no insolarse. Otros preferían entrar en tiendas de marcas conocidas para aprovechar la tregua que les daba el frío del aire acondicionado. Mientras tanto, mis pasos se dirigían hacia uno de los puntos más emblemáticos y conocidos de la ciudad: El castillo de San Jorge. Al llegar a la entrada principal, pagué, con cara de pocos amigos, la cantidad establecida por visitar aquel punto representativo de la ciudad. Sin duda, el turismo hacía que lo emblemático de las ciudades se volviese costoso en cuestión de tiempo. Por suerte, disfruté de unas cautivadoras vistas de la ciudad mientras me informaba, a través de un folleto, de los puntos más interesantes e históricos del recinto. En sus inicios, el castillo fue una fortificación musulmana aunque, posteriormente, en el año 1755, la construcción sucumbió por un terremoto. No fue hasta el siglo XX cuando se hicieron las primeras obras para restaurar uno de los edificios más históricos de la ciudad.

Después de perderme durante un par de horas por el castillo, aproveché para salir del perímetro y acomodarme en un caluroso bar con aires de modernidad y atendido por una muchacha de amplia sonrisa que enrojecía a más de un cliente en el pequeño y acogedor local.

El establecimiento estaba situado en uno de los callejones próximos al castillo, donde los turistas estaban ausentes. Allí volví a abrir mi ejemplar *El libro de los secretos* y seguí con mi lectura mientras saboreaba un espumoso café con leche y un croissant. Pasada una media hora, y después de dejar la lectura, volví a introducirme en el corazón de la ciudad donde turistas, aquellos que provenían del norte de Europa, almorzaban en los restaurantes dedicados plena y exclusivamente a los extranjeros. Como era de esperar, e igual que cuatro años atrás, la plaza del comercio seguía rebosando de vida y los camareros empezaban a remover de sus poros corporales, y más concretamente los faciales, pequeñas gotas de sudor que se precipitaban lentamente cuando intentaban complacer a los clientes que se sentaban en las terrazas de los restaurantes protegiéndose del sol.

Después de hacer algún par de fotos como cualquier otro turista, me desplazé de nuevo por las vías y plazas del casco antiguo, como la calle Augusta, una de las más concurridas de la ciudad, la calle del comercio, la calle de San Julio, la plaza del Rossio o la plaza de Luís de Camões.

Una hora después, el sol seguía atizando con fuerza. Los más atrevidos buscaban restaurantes o tiendas de moda, centros comerciales. Era el momento de hacer lo mismo que la mayoría y decidí perderme por el norte de la plaza de Luís de Camoes y buscar un pequeño restaurante donde pudiera saborear la comida portuguesa acompañada del sonido y la tranquilidad del ambiente, dejando a mis sentidos descansar de la atmósfera capitalista del turismo.

Aproveché el sosiego de la taberna para estudiar cuál sería mi ruta después del apetitoso almuerzo típico, haciendo parada en los lugares más emblemáticos, como el Centro Cultural de Belém, el Monasterio de los Jerónimos, la Torre de Belém o el Jardín del Imperio. Según dicen, La torre de Belém, una de las construcciones más conocidas de Lisboa, tenía la función de control militar y zona de defensa de la ciudad, aunque posteriormente tuvo otras funciones como faro o prisión.

La obra arquitectónica, de estilo manuelino, se construyó entre 1516 y 1520. Después de estudiar el itinerario que haría, esperé que los rayos del sol dieran su primera tregua del día para empezar mi segunda etapa, perdiéndome entre la esencia de la capital portuguesa. Al ver que mis súplicas se habían cumplido, pagué el almuerzo y me dirigí al norte de la ciudad para contemplar y, sobre todo, recordar aquel viaje de 2013 con mis dos amigos.

El lugar seguía teniendo el mismo espíritu de cuatro años atrás. El turismo seguía invadiendo las calles de la zona y unas cuantas tiendas de souvenirs hacían negocio a costa de los turistas; mientras, alguno que otro vendedor ambulante ofrecía refrescos para aplacar el calor de agosto. La Torre de Belém, custodiada por el personal de seguridad, seguía recibiendo centenares de turistas. Por el cauce del río Tajo circulaban y zarpaban distintas embarcaciones. Entre ellos, alguno que otro navío repleto de turistas que se desplazaba por el río para satisfacer a sus tripulantes.

Deambulé por la zona hasta que tranquilamente decidí volver a pie al centro de la ciudad. Contemplé, durante más de una hora de trayecto, la vida que se respiraba en el río y el atardecer que poco a poco iba plasmándose hacia el oeste de la ciudad.

El ambiente del hostel emanaba ingratos olores. El recepcionista, esta vez un hombre al que no había visto por la mañana, me saludó con pésimo y forzado entusiasmo. Igual que el trabajador de la mañana, este era de rasgos musulmanes. Al notar la poca pasión por su trabajo, decidí no preguntarle a dónde me recomendaba ir a cenar. Así que aproveché la ocasión para estirarme en la cama y descansar después de una larga caminata.

Tenía la intención de cenar por la zona del Convento do Carmo o del Jardín de San Pedro de Alcántara, espacios activos que, al caer la tarde-noche, se animan y rebosan alegría.

Finalmente, después de un par de horas de descanso, volví al centro para cenar en algún local con algo de diversión. En las calles gravitaba el festejo. Los transeúntes paseaban libremente por las avenidas, disfrutaban de la brisa que atenuaba el calor, mientras que otros cenaban plácidamente en las terrazas iluminadas por las luces que colgaban de las fachadas o del techo de las carpas. Los románticos, en cambio, decidían instalarse en esas terrazas donde la luz se proyectaba desde unas

velas que, poco a poco, se derretían por el calor, aunque, en ciertos casos, no sabía decir si se derretían por la temperatura ambiental o por el calor de aquellos cuerpos acomodados en las sillas que se fundían a través de sus labios.

Después de comprobar que los precios no se ajustaban a mi presupuesto, me decidí por un hot dog en un pequeño establecimiento cercano al Jardín del Príncipe Real. Me instalé en un banco de ese parque, disfruté de la vida local y engullí el hot dog de dudosos atributos gastronómicos. Pasado un rato y después de apreciar el comportamiento social de los transeúntes, volví al hostel.

Al día siguiente, debía abordar un vuelo a las siete de la mañana. Este me llevaría a una de las ciudades más importantes de la costa occidental de África, Dakar. Pero antes, quería conocer un poco más de Senegal y su cultura. Así que invertí unos minutos de mi tiempo para leer el reportaje de Carlos Bajo, Pere Ortín y Jordi Tomàs titulado El bienestar también es posible en África, y que nos da una pincelada actual de cuál es el momento social y cultural de este país: «El Senegal avanza, al igual que otros países donde la prosperidad ya beneficia hoy a sectores de la población que no la habían conocido antes...»¹ y continúa:

Con un aumento estimado del Producto Interior Bruto de casi el 4 % para este 2012, el crecimiento senegalés no ha tenido interrupciones desde hace más de una década. Ese bienestar se ha logrado, además, sin transformar el país en un suburbio industrial del Primer Mundo ni en una plantación al servicio de la industria alimentaria. El Senegal ha tenido una evolución tranquila, propia, que no renuncia a las ventajas del progreso ni tampoco a su estilo tradicional de vida. Es común que el viajero vea campesinos y a gentes de todos los oficios trabajando a fuerza de brazos o con tecnologías básicas, sin percatarse del teléfono móvil que guardan en el bolsillo, o del hecho que sus hijos chateen de manera habitual con sus amistades o se muevan con familiaridad por las redes sociales.

Después de leer ese artículo, puse el despertador del móvil y paulatinamente el cansancio le dio paso a los sueños.

¹ Ver el artículo «El bienestar también es posible en África», publicado en la revista *Altair*. Senegal. Afán de futuro, número 79, p. 3.

2 BARRIO DE OUKAM

La salvación de África no reside en la recuperación, sino en la capacidad de África para asumir como propios dos valores de civilización que no son europeos, sino patrimonio humano: democracia y cultura.

Javier Reverte

Me senté a esperar a que las puertas del finger abrieran. Una larga fila de personas, cada vez más impacientes, se formaba delante del mostrador que antecedió el abordaje del avión. Otros, con aires más relajados, aguardaban en los asientos cercanos al mostrador, descansaban sin alejarse más de lo necesario.

Me dediqué a observar a las personas que se hallaban en la zona donde me encontraba. La primera diferencia, que no me extrañó, fue que por primera vez desde que llegué a Lisboa vi un grupo considerable de mujeres tapadas con burkas negras. Por unos instantes, me transporté al que fue el mejor viaje de mi vida hasta el momento: la India. Se notaba que en pocas horas estaría, por tercera vez, en un país de mayoría musulmana. Otro aspecto que me sorprendió gratamente fue que el grupo de turistas era muy reducido y los pocos que había parecían que fuesen con una intención: visitar el país a bajo coste. En parte, ese aspecto me alegró, ya que eso me daba la pequeña esperanza de que no me encontraría con un país cuya economía dependía básicamente en turismo de alta calidad. Podría ver si realmente era así, una realidad más exacta del país y una idea poco distorsionada de sus habitantes y su cultura. No quería, dentro de lo posible, tener que viajar a través de un territorio donde la virginidad del lugar desaparecía para dar paso a la globalización del turismo, como me pasó en Vietnam. Uno de los países con los paisajes más sublimes del mundo pero que, a la vez, la falta de identidad local le restaba a su magia. El turismo absorbía su esencia y eran pocas las zonas en las que uno podía perderse sin tener que cruzarse con occidentales. También fue el momento, como acostumbraba, de averiguar cuáles serían las nacionalidades de los presentes. Pude observar que entre la multitud había un grupo de chicos de Igualada que iban de voluntarios a una ONG del país para ayudar en un colegio y una pareja de chicas de Barcelona que tenían la intención de viajar por un mes alrededor de Senegal.

Ellas eran Andrea y Anna, universitarias con ganas de conocer una cultura distinta a la española. Empezaron a viajar de forma autónoma y sin la familia un año antes haciendo un interrail por Europa y ahora querían dar un paso más conociendo la cultura africana.

Empezamos a hablar en la parte final de la cola mientras sosteníamos en nuestras manos los pasaportes. Nos interesábamos por conocer qué sitios de Senegal queríamos visitar. Al ver que la primera parte de nuestros respectivos viajes coincidían, decidimos hacerla conjuntamente. Estaríamos un par de noches en Dakar y luego iríamos a la segunda ciudad más importante del país, Saint Louis, situada a ciento ochenta kilómetros al norte de la capital.

Al llegar al mostrador, nos despedimos y fui a buscar mi asiento en el avión, situado al lado de la ventanilla. Aproveché para enviar un par de mensajes a la familia y a Mario: Sortim de Lisboa. Avisa a la gente de la ONG que arribaré a l'hora prevista.

—¿Español?

—Sí.

Un chico de unos treinta años y de piel tan oscura como el carbón, se sentó a mi lado. Era robusto y su altura debía oscilar el metro ochenta. Una mirada intensa pero de ojos que dibujaban una cierta tristeza se fijaban en mí, a la espera quizá de conseguir sacarme una conversación.

—¿Madrid?

—Barcelona —respondí, esperando saber cuál era el motivo de su correcto nivel de español—. ¿Y tú? —proseguí para saber si su nacionalidad era senegalesa o no.

—Soy senegalés. Concretamente de Dakar, pero llevo más de diez años viviendo en Bilbao.

—Sí, Bilbao —respondí mientras afirmaba con la cabeza.

—¿Conoces la ciudad?

—Estuve una vez. Pero tengo un grato recuerdo del país vasco en general. Grandes paisajes y una estupenda cultura y gastronomía.

—Sí. La gastronomía es increíble allí. Yo trabajo en ese sector, en un pequeño restaurante.

—Entonces, ¿ahora vas a ver a la familia? —pregunté, sabiendo la posible respuesta.

—Sí, siempre intento ir por estas fechas. Por cierto, soy Mohammed. Aunque mis amigos me llaman Moha.

Me estrechó la mano y aprovechó la oportunidad para mirar un momento por la ventanilla del avión.

Sin apenas darnos cuenta, y ya a mitad de la conversación, el avión planeaba a más de siete mil metros de altitud por encima de la rocosa capa terrestre del sur de Portugal. El cielo estaba

completamente despejado sin ninguna nube amenazando y con unas vistas estupendas para ver cómo el poderoso mar Mediterráneo mezclaba sus corrientes con las del océano Atlántico.

—Yo soy Àlex, encantado.

—Perfecto, Àlex, un placer. ¿Vas a Senegal por negocios? —me preguntó. Se le notaba la curiosidad que le corría por su interior.

—No. Busco conocer una cultura distinta.

—¿Eres antropólogo, sociólogo?

—No. Aunque de haber nacido cien años atrás seguramente hubiera sido alguna de esas profesiones. Tan solo quiero conocer otras culturas. Compararlas con la ideología del mundo occidental y más concretamente con España. Verificar hasta qué punto estamos engañados o no. Tengo la sensación, y creo que no estoy equivocado, que las personas que residen en países como el mío carecen de conocimiento, aunque hablan como si lo tuvieran. Discuten sobre los problemas de los demás sin apenas conocer aquellos que tienen en casa. Y primero hay que ver en qué círculo se rodean.

—¿Te refieres a los políticos?

—Me refiero a los políticos y a los que no lo son. Por ejemplo, y seguramente tú sabrás de qué hablo, ahora todos los musulmanes son terroristas a causa de los últimos atentados de los yihadistas en Europa. Y resulta que todo el mundo puede decir con certeza que los musulmanes son unos violentos, unos fanáticos. Parece que pocos entendemos la realidad de este mundo.

—Sí, tienes razón. Tenemos la necesidad de crear prejuicios para defendernos del miedo al exterior.

—Quizás, sí —respondí, analizando la frase que acababa de escuchar—. El problema es que vivimos en un mundo de ignorantes y no queremos indagar más allá. Con estos viajes, intento hacer conciencia, por lo menos entre mis amigos y familiares, que esto no es así. Intento vivir con la gente local y conocer sus perspectivas sobre el mundo. Es decir, adentrarme en la cultura de otras civilizaciones de las que los occidentales seguramente tenemos mucho que aprender.

Durante unos instantes vaciló sin decir nada. Después de meditar, prosiguió.

—Bueno, seguramente es así. Aunque yo también he aprendido mucho de España y los españoles. Nosotros también tenemos mucho que aprender de vosotros, no creas.

—¿Cómo qué?

—Democracia, hermano.

Después de decir estas palabras, Mohammed se disculpó y reclinó su asiento para dormir. Había llegado, me dijo, a las tres de la madrugada a Lisboa debido a un retraso en el aeropuerto de Bilbao, por lo que decidí contemplar por la ventana y adivinar en qué lugar estábamos. Si no estaba errado, sobrevolábamos el Atlas de Marruecos.

Entonces, en ese instante recordé mi segundo viaje a Marruecos tres años atrás con Artur y Félix. ¡Menudo viaje!, y aunque se trataron tan solo de ocho días, las sensaciones que vivimos fueron espectaculares. Cruzar el Atlas sin duda ha sido una de las mejores travesías que he realizado hasta el momento.

—¿Un café?

—Mejor una Coca-Cola, si es posible...

—Muy bien, señor, aquí tiene —me respondió la azafata con una sonrisa en sus labios.

Un par de horas más tarde, llegábamos a Dakar y fue el momento de coger mi preciada mochila y el resto del equipaje que tenía que entregar a la ONG al salir del aeropuerto.

—¡Qué caótico!, ¿no? —me preguntó Andrea al verme en la zona de retiro del equipaje—. Habrá centenares de mochilas y maletas tiradas por la terminal.

—Espérate... —respondí, al ver que aún no era consciente de dónde se metía—. Cuando llegemos a la ciudad, seguro que alucinas más.

—Probablemente. Por cierto, ¿qué son estas tres cajas que llevas?

—Materiales para una ONG. No son míos. Solo que los de la junta de la entidad me pidieron el favor de llevar el material, ya que en una semana los iba a visitar. Y no me importó. Uno de sus trabajadores me espera a la salida para recogerlos.

—Muy bien. ¿Y dónde está tu mochila?

—No lo sé. Espero que esté a punto de salir por la cinta.

—Tranquilo —dijo Anna, incorporándose a la conversación—. Yo también espero mi equipaje.

Media hora más tarde, salíamos del aeropuerto de Dakar y entregamos todo el material escolar a uno de los empleados de Por Una Sonrisa en África, la ONG en la que estaría cuatro días conviviendo con sus empleados y alumnos. También fue el momento para dejar que nuestros cuerpos se aclimasen al sol de África subsahariana y tomar un taxi.

Por suerte, Andrea y Anna hablaban un poco francés, lengua con la cual iba perdido. Ellas fueron las que hablaron con el taxista que nos llevaría a un hostel lejos del centro de la ciudad. Durante el trayecto del aeropuerto a Dakar, tuve un *déjà vu*. Las calles, la vida de la gente, el calor del lugar, las vestimentas de las personas que circulaban por las vías, el tránsito y el ruido de la periferia, me transportaron a la ciudad de Fez, en Marruecos. Sin duda, las relaciones entre las personas fluían de manera similar que en la ciudad magrebí. Sin ignorar la cantidad de perros callejeros en busca de alimento y cobijo del sol asfixiante.

Después de instalarnos en las habitaciones, decidimos ir a comer algo en alguna de las calles cercanas al hostel. Sería la primera prueba real para nuestros estómagos acostumbrados a una alimentación, en

principio, más cuidadosa en términos sanitarios. Aun así, sabíamos que era parte del juego de este viaje. Olvidamos nuestros prejuicios y disfrutamos la primera comida en el país.

El restaurante que escogimos, y que en realidad fue el único que encontramos, se instalaba en una calle estrecha en medio de la nada, a unos cinco minutos a pie de nuestro alojamiento. Cinco mesas presidían la sala de comensales, cada una de ellas cubiertas con una capa fina de suciedad o de grasa de origen desconocido. Sobre ellas aleteaba una nube de moscas. Estas se nutrían de los restos de comida dispersos sobre las mesas. Y alrededor, perros callejeros esperaban que algún alimento cayera al suelo.

—¿Qué quieren comer?

—¿Qué tienen? —preguntó Anna, que era la chica de francés más fluido.

Como imaginamos que la selecta carta del lugar era breve, nos decidimos por ordenar arroz con pescado. Y advertimos que sin nada de picante. Ya se sabe que en ciertos países el poco picante sigue siendo picante y no queríamos caer en el error del principiante. Pero por más que lo dijimos y lo remarcamos, aquel arroz estaba cubierto por una salsa tan fuerte de sabor que era difícil de ingerir. Eso nos hizo preguntarnos dos cosas: ¿cómo haríamos para no quedar mal con los camareros y cocineros?, y la más preocupante: ¿aquella salsa sería la causante de nuestra primera descomposición del viaje? Posibilidad que apetecía no llegar a experimentar, aunque sabía que era complicado esquivarla.

Después de comer algo, cada uno ingirió más de tres cuartas partes del plato, volvimos a las habitaciones para coger las mochilas pequeñas y visitar uno de los monumentos más importantes de la ciudad.

El Monumento al Renacimiento Africano fue inaugurado el 4 de abril del 2010. Se trata de una escultura de bronce de cuarenta y nueve metros de altura. Su inauguración coincidió con el quincuagésimo aniversario de independencia. David Dusster² nos describe esta escultura:

Muy cerca de la punta de los Almadies, el confín occidental de África, se levanta el nuevo coloso del Senegal. El Monumento al Renacimiento Africano es una imponente y polémica escultura estratégicamente erigida al principio de la carretera que comunica el aeropuerto de Dakar con la capital, y que pretende ensalzar el espíritu de grandeza del continente. Más alta que la neoyorquina Estatua de la Libertad, sus mastodónticas figuras humanas en bronce condensan las virtudes y las contradicciones del Senegal, un dechado de creatividad, atrapado entre sueños de modernidad y una realidad compleja, tan seductora como, a veces, áspera.

Después de disfrutar de las vistas del Atlántico desde lo alto de la colina que preside la estatua, decidimos perdernos entre las calles cercanas. A unos doscientos metros, desde la altura del lugar, vimos

2 Ver el artículo «Una referencia esperanzadora para toda África», publicado en la revista Altaïr. Senegal. Afán de futuro, número 79, p. 27.

un par de canchas de baloncesto en las que se disputaban partidos. Decidimos empezar nuestra ruta improvisada por allí.

Un centenar de chicos y chicas de distintas edades jugaban, por turnos, un campeonato organizado por la escuela a la que pertenecían. Las instalaciones estaban disponibles para cualquiera que quisiera participar, ya que las dos pistas no estaban envueltas por ninguna pared, puerta o muro. Decidimos sentarnos un rato y ver los atléticos cuerpos de los chavales mientras intentábamos saborear las primeras trazas que nos hacían introducirnos de lleno en la ciudad y en su cultura. Mirases a donde mirases, no se apreciaba a ningún turista.

Después de ver el juego, transitamos una media hora por los callejones de Ouakam, distrito en el que nos encontrábamos. Las calles, vigiladas por decenas de casas en su mayoría en un estado deplorable, respiraban un silencio misterioso. Los pocos transeúntes que circulaban eran niños jugando o adultos dirigiéndose a un lugar determinado con pocas ganas de detenerse por cualquier circunstancia imprevista. Cada pocos metros, nos tropezábamos con montones de arena o ladrillos a la espera de ser colocados de forma encajonada en alguno de los muchos edificios de la zona cuyas fachadas estaban inconclusas. Entre los callejones, escasos locales sobrevivían a la decadencia, sin duda tenían sus horas contadas y sus pocos empleados esperaban lo inevitable. Mientras avanzábamos, decenas de perros vagabundeaban y uno que otro cerdo seguido por sus crías buscaba entre los escombros algo de comida.

Entre los callejones se precisaban más callejones que se entrecruzaban, estos aún más estrechos, configurando un laberinto gigantesco por todo el barrio de Ouakam. De vez en cuando, algún vecino nos dedicaba miradas interrogativas, de pies a cabeza, mientras nos fijábamos en la poca actividad que se vivía en el lugar y saludábamos amigablemente a aquellos que nos estudiaban con incertidumbre.

Pequeños ríos de orín humano o animal a menudo se atravesaban en los callejones más pequeños, o montañas de basura, ya fuera de excrementos, objetos abandonados y otros residuos, se amontonaban en los solares donde aún no había indicios de una futura construcción.

Entre estas callejuelas, de vez en cuando alcanzábamos avenidas de gran envergadura que daban un poco de respiro y ventilación a la cantidad de olores que emanaba el barrio. En ellas se podía observar una circulación constante de vehículos y personas. Vendedores ambulantes se situaban en las esquinas de las intersecciones más concurridas, la mayoría niños o jóvenes, vendiendo frutos autóctonos. Sin duda, ese lugar era la descripción exacta que horas antes había leído en el avión en El libro de los secretos:

Dakar es una ciudad enfollonada... Caótica. Trepidante. Imprevisible, como esos locos harapientos, hirsutos y azorados con quienes nos cruzamos, echándonos a un lado con temor y repugnancia, en los cruces de nuestras calles. Todos los olores reunidos. Gasolina. Humo de tubos de escape. Pescado frito y salsa de cacahuets de los almuerzos de los oficinistas, obreros y artesanos de los alrededores. (2015: 33)

Estas palabras reflejan con exactitud la esencia de Dakar, pero también añadiría estas otras de Pere Ortín, periodista español, que tiene amplios y comprobables conocimientos sobre la ciudad: «La capital de Senegal derrocha belleza, entre policías, cambistas, vendedores de tarjetas telefónicas, taxistas ya conocidos con mucho “oficio”, y simples curiosos sin oficio».³

Después de deambular más de media hora por las calles, decidimos sentarnos en una de las vías principales de Ouakam y descansar. Anna compró medio mango a una chica. Le dimos una propina a la pequeña vendedora y nos regaló una sonrisa. Mientras devorábamos lentamente el succulento mango, aprovechamos para observar el bullicio del ambiente.

Después de nuestra apetitosa merienda, reemprendimos la marcha. Igual que una hora antes, las calles seguían un tanto despobladas, excepto por los niños del vecindario que seguían jugando libremente entre los montones de basura como si fuera el salón de sus casas. De vez en cuando algunos jóvenes se reían de nosotros, pero en la mayoría de los casos se quedaban atónicos ante nuestra presencia.

—¿Escucháis esa música?

—Parece que proviene de allí delante —me respondió Andrea.

—¿Será una fiesta? Veo que las mujeres van muy arregladas con sus vestidos —comentó Anna.

—Eso parece —respondí—. Vamos a ver qué es. Seguro es algo interesante.

Instantes después, vimos cómo bulliciosamente, la gente se situaba en el interior del patio de una casa. Enseguida, pude percatarme de la ausencia de hombres, exceptuando a los jóvenes y niños varones que se aglomeraban a las puertas de la casa y miraban de lejos.

—¿Qué estáis celebrando? —preguntó Andrea a uno de estos jóvenes.

—Se está celebrando una boda.

Enseguida, y al percatarse de nuestra presencia, un hombre salió del interior y nos invitó a pasar. Era uno de los familiares de la novia. Al principio, nos sorprendió, pero instantes después aceptamos la invitación y entramos.

Como era de esperarse, fuimos el centro de las miradas y dejamos a la novia en un segundo plano. Mujeres, niñas y adolescentes se nos acercaron a hacernos preguntas y pedirnos fotos. Aprovechamos el momento, numerosos flashes salieron de nuestras cámaras y nos integramos a la celebración de la boda senegalesa.

—La novia quiere una foto contigo —dijo de repente el hombre que nos había invitado a entrar y que ahora se encontraba en el interior—. ¿Te gustaría?

³ Ver el artículo «Diez días en una capital infinita», publicado en la revista *Altaír*. Senegal. Afán de futuro, número 79, p. 37.

—¡Claro que sí! —dije y decenas de niños me pedían más fotos para luego verlas en la pantalla de la cámara.

Seguidamente, decenas de móviles nos fotografiaban a la novia y a mí. Las risas pícaras de las mujeres se evidenciaban en el entorno. ¿Quizás era porque se imaginaban que por unos instantes era yo el novio? En ese momento no sabía si yo propiciaba esas carcajadas o no, pero la cuestión era que por primera vez desde que llegamos nos metíamos de lleno en la cultura de Senegal, y eso me provocaba placer, una satisfacción que se extendía por todo mi cuerpo. Y esa sensación crecía al pensar que solo era el primer día de viaje.

Disfrutamos del momento y de la compañía de las mujeres que festejaban. No podía dejar de mirar los miles de colores que se apreciaban en ese patio abarrotado de mujeres. Los vestidos, cada uno con sus tonalidades de colores, eran más bonitos que los que había visto segundos antes. Se apreciaban distintos tonos: unos más alegres, otros más oscuros, algunos resaltaban el color de los presentes, otros que se diluían con tonalidades más llamativas... Pero la suma de los colores de cada uno de los vestidos, la mayoría saris, hacían de aquel cuadro humano una auténtica obra de arte. Como si Leonid Afrémov estuviera allí, haciendo los últimos retoques magistrales a una de sus obras maestras. Sin duda, aquellas vestimentas definían la felicidad y la vida. Sentimientos de alegría que en ese momento se percibían.

Después de disfrutar de la boda senegalesa y de despedirnos de los presentes y su anfitriona, volvimos al hostel. Ya oscurecía más temprano de lo previsto y no era sensato quedarse allí, donde las farolas no se percibían a centenas de metros. Y aún tenía más sentido nuestra decisión, porque no sabíamos exactamente hacia qué dirección estaba nuestro alojamiento. Así que tomamos un taxi para regresar.

Apenas llegamos, descansamos para recuperar fuerzas. Dedicué unos minutos para escribir en el diario que me había regalado mi amiga Laia y apunté en él las notas más interesantes del día. Después, nos fuimos a cenar a un restaurante en una de las avenidas más cercanas al hostel y aprovechamos para pedir un kebab, plato habitual en las cartas de los restaurantes capitalinos. Lo que no esperábamos era tener que lidiar con unos acompañantes algo inusuales en la terraza del restaurante.

Cenábamos tranquilamente mientras organizábamos la ruta que haríamos en Dakar cuando Anna señaló, exaltada, hacia algún lugar detrás de nosotros.

—¡Qué asco!

—¿Qué pasa? —preguntamos al unísono Andrea y yo.

—¡Mirad que hay allí! —gritó y seguíamos sin comprender la reacción de Anna.

Andrea y yo miramos hacia la dirección que nos indicaba Anna. Vimos esa pequeña cosa, de unos veinticinco centímetros, recorría frenéticamente cada rincón de la terraza buscando una salida.

—Es una rata, ¿no? —preguntó Andrea mientras seguíamos con la mirada el asustadizo animal.

—Sí. Parece que está buscando comida —respondí.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunté extrañado al notar la cara completamente horrorizada de Anna.

—Odio las ratas. ¡Me dan asco!

—No te va a hacer nada. Creo que está más asustada de tus gritos que tú de ella —dije y Andrea y yo reímos.

—No te preocupes, Anna —añadió Andrea—, si apenas se acerca a nosotros.

—¿Cómo puede ser que haya ratas aquí en la calle? —dijo Anna visiblemente histérica—. ¡Es repugnante!

Esa pequeña anécdota me llevó a pensar en un viaje por Laos y Vietnam que realicé con mi amigo Pol. En una de nuestras últimas noches tuvimos la visita inesperada de un par de ratas, especies tres o cuatro veces más grandes que la de ese restaurante. En la habitación en la que nos aposentábamos con cuatro chicas más de otras nacionalidades europeas. En medio de la oscuridad, empezamos a oír ruidos que iban de punta a punta de las vigas de las paredes de la habitación. Ese ruido era similar al que hubiera emitido una diminuta piedra que se desplazase por aquellas vigas a escasos centímetros de nosotros. Como los ruidos no cesaban, decidimos encender la luz para comprobar cuál era aquel misterio. Para nuestra sorpresa, descubrir aquellas dos inmensas ratas no era lo que nos imaginábamos y eso provocó el grito de dos de las chicas que dormían en la habitación. Después de que se calmasen, decidimos volver a la cama y dormir, ya que al día siguiente queríamos hacer una ruta en moto por la isla de Cat Ba y necesitábamos descansar. Pero no transcurrieron ni cinco minutos cuando una de las ratas se precipitó en la cama de Marjolei, la chica holandesa, haciendo que esta le diese un golpe brutal a la rata provocando que el animal impactara contra el suelo a una velocidad desconocida hasta el momento por el roedor. Pero esa situación aterrorizó a las demás chicas que, con sus gritos desesperados, provocaron que a Pol y a mí se nos escaparan unas risas maliciosas ante aquella situación impredecible.

Después de que la rata desapareciera de la terraza del local, volvimos al hotel para pasar nuestra primera noche en Dakar. Una noche en la que un ventilador hubiera sido un compañero ideal. En medio del silencio de la noche y la oscuridad, analicé a aquellas dos compañeras que formarían parte de mis primeros días de viaje en este país. La reacción de Anna me había dejado algo fuera de sitio. Quizás no eran aquellas dos personas que intuía que eran. Quizás era una pareja de turistas más que iban camufladas con sus mochilas, pero cargadas de los prejuicios occidentales.

Media hora más tarde de acomodarme en la cama, el calor me impedía conciliar el sueño, por lo que me incorporé y seguí leyendo el artículo de David Dusster⁴:

País de transición entre el desierto y el trópico, el Senegal transmite el pulso del continente, el latido de una África accesible. Comparte carencias, dificultades y miserias con el resto del continente, pero, al mismo tiempo, representa una nación viable, democrática y dignamente cohesionada. No en vano, es el único país del África Occidental que ha experimentado transiciones pacíficas de Gobierno desde su misma independencia en 1960 sin que haya padecido ningún golpe de Estado exitoso. Si a esa estabilidad se suma la variedad climática y paisajística, la diversidad cultural, la convivencia apacible y el contagioso entusiasmo de sus gentes, se entiende por qué Senegal suele ser una de las más agradecidas puertas de África. Desde el bullicio cosmopolita de Dakar hasta el árido norte, pasando por los manglares de la Casamance, las piraguas de pescadores varadas al atardecer en las playas de Saint-Louis, la languidez de los pueblos en la ribera del río Senegal o el suelo alfombrado de conchas marinas de la región de Joal-Fadiout, el Senegal despliega su encanto como un vivaz crisol de culturas, influencias y creencias.

Poco después, y gracias a la lectura, los párpados se fueron cerrando lentamente hasta quedarme dormido.

4 Ver el artículo «Una referencia esperanzadora para toda África», publicado en la revista Altaïr. Senegal. Afán de futuro, número 79, p. 27.

3 VIAJES EN AUTOCAR

Para ser feliz solo tienes que desear lo que tienes
y no lo que no tienes.

Mahatma Gandhi

A las ocho de la mañana, el despertador empezaba a darme los primeros avisos de que un nuevo día empezaba. Mis sentidos maldecían el momento en el que decidimos ir a Saint-Louis en nuestro segundo día en el país. El motivo era sencillo: la ciudad más importante de Senegal se situaba al norte del país y compartía frontera con Mauritania, casi doscientos kilómetros de Dakar, que se encontraba al sur. Eso equivalía a numerosas horas de viaje. Cuatro horas según las guías, es decir, no menos de cinco horas y media o seis según mi experiencia.

Siempre que he viajado por países de África o Asia, he llegado a la conclusión de que el tiempo que te indican en las guías turísticas o los nativos es siempre inferior a la realidad. En este caso, acerté, aunque por desgracia el tiempo del trayecto fue mucho más largo de lo que esperaba.

Esta experiencia, que ya no se sobreponía a mis nervios después de tantos viajes de mochilero, me hizo recordar una frase de Javier Reverte en *Los caminos perdidos de África*, libro en el que refiere un trayecto en autocar por Etiopía:

Recordé que mister Jaye, el amigo de Bisrat, me había dicho que el viaje eran dos horas y media. Pero en África casi siempre sucede lo mismo: con las distancias y el tiempo, conviene multiplicar al menos por tres los números que te da la gente. (2002: 165)

Sin duda, no era el primer occidental que padecía los interminables trayectos en el transporte público y seguramente no sería el último.

Una hora después de que sonase el despertador, nos dirigíamos con nuestras mochilas a la estación principal de autobuses de Dakar. A causa de la considerable extensión de la ciudad, tuvimos que solicitar los servicios de un taxi para llegar a la estación, a unos dos kilómetros del hostel y con tantas calles entrecruzadas de por medio era fácil perderse y retrasarnos para tomar a tiempo el autobús rumbo a Saint-Louis.

Al ver que bajábamos del taxi y no sabíamos exactamente hacia dónde dirigimos, la «amabilidad» y la «bondad» de algunos de los autóctonos se hicieron evidentes. Se nos acercaron con claras intenciones de

«ayudarnos». Más de uno pretendía aprovecharse de la ocasión para llevarse su tajada económica a costa de aquellos tres turistas europeos cuyos rostros reflejaban total inexperiencia.

—¿Hacia dónde os dirigís? —nos preguntó un hombre de unos cuarenta años que pocos segundos antes estaba sentado en el suelo apoyando su espalda en una de las paredes de la estación.

—Saint-Louis —contestó Andrea, la primera en salir del taxi.

—Tenéis que ir al otro lado de la estación, seguidme —nos dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Andrea y Anna no se lo pensaron dos veces y siguieron al hombre mientras yo atestiguaba los pormenores a la distancia, pensando cuál sería la cantidad que nos pediría aquel desconocido por sus «buenos actos» o intentando averiguar si había más personas en aquella posible farsa que se estaba pegando. Mientras seguía a las chicas empecé a examinar mi entorno, intentando averiguar pistas de otros individuos que pudieran acecharnos a cierta distancia. Después de años de viajes, esta no sería la primera vez que me encontraba en esa situación: después de los favores, más de uno te pedía un dinero extra por la ayuda.

—Es allí enfrente, el autobús blanco —nos informó el hombre y señaló uno de los autocares cercanos a nosotros.

—¡Gracias! —respondió Andrea.

Igual que el hombre que nos ayudó a encontrar el autocar, uno de los que acomodaba las maletas y otros objetos encima del autobús blanco, no se lo pensó dos veces, descendió del autobús para ayudarnos a subir las mochilas, dejando los otros equipajes para después. Sin duda, algo había allí que se me escapaba, aunque las chicas seguían pensando en la bondad con la que se nos atendía.

Instantes después de dejar nuestras pertenencias encima del autobús, nos pidieron el dinero para el transporte con el extra de las maletas. Allí estaba el truco y, al fin, mis sospechas se hicieron evidentes ante la inocencia de las chicas.

—¿Cuánto cuesta cada mochila? —le insistí al conductor al ver que no me quería decir el precio real del billete.

—El extra por cada mochila es de dos mil francos senegaleses.

—Es un poco abusivo, ¿no? —le pregunté al oír la respuesta—. Es la mitad de lo que cuesta el trayecto.

El hombre me miró e hizo como si nada, así que tocó dar lo que nos pedía, ya que las chicas estaban en una situación distinta y daban por hecho que era el precio. «Ingenuas», pensé.

—¿Cuánto nos ha costado cada mochila? —preguntó Anna.

—Unos tres euros, respondí.

En ese momento empezaron a hacer cálculos y se dieron cuenta de que si bien el precio era algo exagerado, no era una suma desorbitada para nuestros bolsillos, tampoco queríamos que nos estafaran cada día si queríamos llegar al final del viaje con dinero suficiente.

Interpelamos a otros pasajeros cuál era el suplemento para dejar una mochila y no ser engañados de nuevo. Nos dijeron que el precio era de unos mil francos senegaleses, algo más de un euro. A partir de esa experiencia, fueron muchos los que intentaron llevarse su tajada a costa de nuestras mochilas, pero todos sus intentos fracasaron.

Al cabo de un rato de aposentarnos en la última fila del autocar, y de ver que este ya estaba casi lleno, el vehículo arrancó para empezar su viaje hasta Saint-Louis. Al principio, el avance en medio del caos de la circulación era lento y desesperado, pero poco a poco y con el paso de los minutos, este aceleró a velocidades más apropiadas para llegar a la hora prevista. Aun así, la situación era la misma que el resto de las ciudades de África, donde el caos de la circulación era la esencia del asfalto y de su cultura y donde la tranquilidad y la indiferencia a lo que ocurría era el mejor antídoto para no perder los nervios y gozar del trayecto.

Al llegar a las afueras de la capital, el autocar, que estaba compuesto aproximadamente de unas catorce o quince filas, estaba ya a rebosar de personas, estas ocupaban cada milímetro cuadrado de sus asientos. No era de extrañar que más de uno estuviera ocupado por dos personas o que entre dos sillas se encontrara a un individuo sufriendo la incomodidad a la que sometía su trasero. Por otro lado, el pasillo central estaba abarrotado de pasajeros, especialmente por mujeres que intentaban mantener el equilibrio cuando el conductor adelantaba algún coche o hacía un cambio brusco de velocidad o dirección. Pero los peores momentos para los pasajeros, sobre todo aquellos de pie, se suscitaban cuando el conductor decidía reducir la marcha inesperadamente o frenaba sin motivos aparentes.

La situación, vista desde el fondo del vehículo, parecía un rompecabezas de figuras humanas. No había ni un solo espacio desocupado. Y si existía alguno, a los pocos segundos los propios senegaleses lo conquistaban para colocar sus bolsas llenas de frutas o especies, bolsos u otros utensilios. Y a todo esto se le sumaba el calor asfixiante por el exceso de gente. No es de extrañar que el autor de *Los caminos perdidos de África*, Javier Reverte, tuviese en cuenta semejante situación y explicase su experiencia en Etiopía de la siguiente manera:

Unos minutos después, pensaba que el bus ya estaba lleno al completo. Me equivocaba. Nuevos pasajeros subían a ocupar cualquier lugar donde sencillamente hubiese un hueco: junto al asiento del conductor, se apretaban bultos y personas hasta casi cubrir la larga palanca de cambio de marchas; y en el pasillo iban amontonándose niños, mujeres y ancianos que trataban de buscar una posición cómoda, por lo general en cuclillas. (2002: 159)

Y es que la actividad humana en el interior de los autobuses era la misma en cualquier parte del continente, donde a cada espacio libre debía dársele un uso eficiente.

A lo largo del recorrido, el chofer realizaba paradas de fracciones de segundos y unos pasajeros descendían y otros tantos abordaban el vehículo. Era entretenido observar cómo lo primero que hacían los nuevos pasajeros era llegar a un sitio en el cual acomodarse, aunque eso los obligaba a saltar por encima de otros viajeros, asientos o bolsas. Generalmente, el recién llegado dudaba si pasar por encima de alguien o no. Entonces, el encargado se ocupaba de recoger el dinero y describirle cómo tenía que llegar al sitio libre. Y si el pasajero omitía la oferta del encargado, este le recriminaba a gritos hasta que el pasajero se sentía con la obligación de sentarse y evitar convertirse en el centro de atención. Seguidamente, el nuevo inquilino entregaba su dinero a un desconocido con la intención de que este se lo pasara a otro para hacerlo llegar al encargado y cancelar su billete. Se podía dar el caso de que el dinero circulase entre cuatro o cinco personas hasta llegar al cobrador. A continuación, era el momento en que el ticket con el cambio pasaba por las mismas manos por las que pasó segundos antes el billete hasta llegar a su destinatario. Si eso lo hiciesen en Barcelona el propietario del dinero ya podría rezar a más de un Dios que difícilmente el dinero llegaría a buen puerto. Al ver que esta situación se repetía más de una vez, me fijé en la persona que mantenía el control de la venta de los billetes y de que la gente siempre ocupase un sitio en el autobús buscando que ninguno quedase libre. El joven, de unos veinticinco años de edad, siempre permanecía de pie al final del autobús, justo a nuestro lado, vigilando cada movimiento dentro del autocar.

Cuando el autocar llevaba un rato en movimiento, su actitud controladora se relajaba, pero cuando era el momento de alguna parada sus sentidos de trabajador responsable se reflejaban en su rostro, examinaba, vigilaba que todo permaneciera bajo control. Por otro lado, también desempeñaba la función de retrovisor, ya que en ciertas ocasiones avisaba al conductor, a través de golpes que daba en la chapa de metal del vehículo, para avisar si alguien quería bajar del autocar. Asimismo, y a través de estos golpes, advertía al chófer si el vehículo pasaba entre dos coches, o por una calle muy estrecha o si podía retroceder. Finalmente, se encargaba de realizar pequeños recados que le encargaban algunos de los pasajeros, como comprar comida en las paradas callejeras en medio de la nada o en el borde de la carretera donde grupos de mujeres vendían frutas, verduras y otros alimentos.

A lo largo del recorrido, el olor a humanidad se esparcía por el ambiente mientras que el poco aire que circulaba por el vehículo gracias a alguna ventanilla medio abierta, daba algo de respiro. Pero había otro problema dentro de aquel horno asfixiante: las altas temperaturas provocadas por aquella estrella amarilla y reluciente que llamamos Sol y que miles de años atrás nuestros antepasados egipcios la identificaban como un dios, el dios Ra. Y no me parecía tan disparatada en ese momento la idea de que ese punto amarillo fuese un dios mientras las gotas de sudor se deslizaban lentamente por mi cuerpo, brotaban de mi frente hasta llegar a la altura de mi ombligo. ¿Por qué en ocasiones los dioses del antiguo Egipto eran crueles con sus siervos humanos? En ese instante, me sentía sometido y atacado por latigazos en forma de rayos incandescentes que desprendía aquel dios. No comprendía muy bien qué había hecho yo para merecerme aquella asfixiante sensación. Sin duda, aquel dios de la mitología egipcia, símbolo de la luz solar, era el

dueño absoluto de aquella calurosa mañana de agosto en Senegal en la que sus subordinados humanos aceptaban con resignación los deseos de Ra, con sus altas temperaturas, para recordarle a sus vasallos que su presencia estaba entre nosotros.

—En el GPS del móvil veo que aún faltan dos terceras partes del recorrido —comentó Anna sin apartar la mirada de la pantalla de su teléfono.

—Pues aún queda un buen rato —dijo Andrea—. Yo no aguanto este calor —añadió, resignada, y le dio unos sorbos a la botella de agua que llevaba en la mochila.

Hora y media atrás, el autobús había salido de la periferia de la ciudad. Su bullicio poco a poco había ido disminuyendo para dar paso a la vegetación y tranquilidad de la naturaleza. Aunque esa tranquilidad desaparecía cuando algún kamikaze del tránsito avanzaba a otros vehículos de forma inapropiada, lo que le exigía a más de un chófer hacer malabares para que el temerario vehículo no impactara contra ellos.

De vez en cuando, el autocar cruzaba pequeños poblados con edificios de adobe o chatarra, o una mezcla de ambos materiales. Frente a ellos se podían ver pequeñas tiendas de madera o ventas de frutas sobre manteles dispuestos en el suelo al borde de la carretera. En ocasiones, algunos automóviles se estacionaban y sus ocupantes realizaban sus respectivas compras en las que el regateo era parte de la entidad de la cultura africana.

Nosotros, a paso lento y constante, íbamos avanzando y hacíamos caso omiso a las fruterías orilladas a la carretera y a alguno que otro pasajero situado en el arcén que pedía que el vehículo parase para recogerle, a no ser que el joven encargado del autocar decidiese dar unos «golpecitos» en la chatarra del vehículo para transmitir algún recado, con propina incluida, o dejar subir a aquellas personas. Hoy sigo sin comprender cuáles eran aquellos motivos que hacían decidir al encargado si la persona que pedía ser recogida podía subir o no. Podría ser que se decidiera según la cantidad de pasajeros en el vehículo, quizás era por las pintas de la persona en el arcén o podía ser que al ver que íbamos justos de tiempo decidiera que lo mejor era no perder más minutos. Aunque esta última posibilidad la obvié rápidamente, ya que en África el tiempo no tiene la validez de otros países como Estados Unidos, Europa occidental, Australia o Japón.

Mientras el dios Ra atizaba el norte del país senegalés, el autocar avanzaba con dirección a Saint-Louis. Después de horas de trayecto, el exterior iba cambiando de tonalidad respecto a la vegetación que se percibía en las afueras de la capital senegalesa. Donde antes se podía apreciar la vegetación fértil, ahora se observaban campos desérticos custodiados por gigantescos baobabs que se vigilaban a poca distancia entre sí. La revista *Altaïr*⁵ nos describe este extraordinario símbolo del país y de todo el territorio de la sabana:

⁵ Ver el artículo «Árboles cabeza abajo cerca de la capital», publicado en la revista *Altaïr*. Senegal. Afán de futuro, número 79, p. 20.

Estos árboles que, según el mito, los dioses colocaron cabeza abajo cansados de su jactancia, o que crecieron al revés porque la taimada hiena plantó así la semilla, pertenecen al género *adansonia*. Cuentan con seis especies distintas en Madagascar, otra en Australia, pero solo una se extiende por el continente africano y la península arábiga, la *adansonia digitata*. Su forma sobresaliente, con una altura que alcanza los treinta metros y, sobre todo, un tronco rechoncho, cuyo diámetro puede superar los diez metros, los convierte en un punto de referencia por espacios abiertos, en matorrales o sabanas. El baobab sirve de alimento, sacia la sed, da cobijo y hasta proporciona medicamentos. Sus hojas se pueden comer, igual que su fruto. Además, almacena grandes cantidades de agua. Y su corteza se ha usado tradicionalmente para paliar la fiebre. Sus ramas a menudo dan cobijo a las abejas, y las orugas que atacan sus hojas sirven de fuente de proteínas a la población local. Muchos otros animales se acercan a este árbol en busca de protección o sustento, o hasta atraídos por el aroma de sus portentosas flores, que se abren al atardecer y son polinizadas, sobre todo, por los murciélagos. La población de su entorno también ha utilizado sus troncos vacíos como casa, almacén, incluso de bar o prisión.

No es de extrañar entonces que este árbol sea un icono para la población de este país y de forma general para todo aquel que vive en el territorio del Sahel.

Con el transcurrir del tiempo, se reducían los kilómetros que nos separaban del norte y se avistaban estos gigantescos y curiosos árboles mientras que la vegetación se diluía casi por completo. Después de observar a una buena cantidad de animales que pastaban a sus anchas a los costados de la carretera y se alimentaban de la hierba fresca, ante nosotros se presentó un auténtico oasis donde solo de vez en cuando precisábamos pequeños caseríos con pocos animales de granja alimentándose de flores y plantas cuando apenas había vegetación. Este cambio de vegetación y escasez de alimento se evidenciaban más cuando en el borde de la carretera nos cruzábamos, cada veinte kilómetros aproximadamente, con ejemplares vacas muertas, desnutridas y deshidratadas, rodeadas de buitres que se daban un festín. En ese momento, pensé en las descripciones que se le atribuían al dios Ra: Dios del ciclo de la muerte y de la resurrección. Sin duda, aquella descripción me hacía pensar que ese día Ra nos la tenía jurada, pero no entendía muy bien el motivo de sus continuas manifestaciones. Quizás tan solo nos hacía entender quién era el que mandaba en ese territorio o quizás era una simple casualidad. Fuese el motivo que fuese, no tenía ganas de saber sus intenciones, así que lo mejor era seguir haciendo como si nada antes que jugar con la mitología egipcia.

A mitad del trayecto, y cuando el sol se encontraba en su cenit, el conductor decidió hacer una parada de unos veinte minutos para que la gente estirase las piernas y comiese para ganar fuerzas para lo que quedaba de camino. No sé si era casualidad o no, pero el autocar se orilló justo delante de una pequeña tienda, una modesta estructura de ladrillos pintados de blanco y que el desgaste del tiempo hacían lucir su estructura más bien grisácea.

Probablemente, el conductor había pactado previamente con el comerciante y así se llevaba una comisión por las ventas realizadas. Nosotros nos rehusamos a colaborar en ese pacto, pero sí que decidimos salir del autocar para mover las piernas y activar la circulación sanguínea. Los hombres aprovechamos para ir al servicio: un auténtico oasis de arena a la sombra de los gigantescos baobabs y hacer nuestras necesidades a decenas de metros del autocar.

La mayoría de mujeres prefirió esperar hasta llegar a Saint-Louis. Y no era de extrañar tal decisión, ya que no se veía ni un solo lavabo a kilómetros y hacer sus necesidades detrás de un árbol dudaba que fuese del agrado de alguna de ellas. Muchas vestían saris que no les permitía moverse con flexibilidad para salir del apuro. Además, también provocaría la mirada de más de un fisgón con ganas de entretenerse un rato.

Después de estirar las piernas volvimos al interior del vehículo y ya no paramos más hasta llegar a la segunda ciudad más importante del país. Faltaban unas dos horas y media de camino y el dolor de nuestros traseros y el cansancio acumulado suplicaban por una cama para relajarse un rato.

4 SAINT-LOUIS

África te cambia para siempre como ningún otro lugar en la tierra. Una vez que has estado allí, nunca volverás a ser el mismo.

Brian Jackman

—Parece que ya llegamos, la circulación es más constante —dijo Anna al percatarse del ambiente que iba creciendo conforme avanzábamos por la carretera y se observaban más casas alrededor.

—Eso creo. Y, además, se ve el océano cuando hemos estado todo el trayecto sin ver nada más que no fuese tierra —sentenció Andrea.

—Es posible que tengas razón, Andrea. Saint-Louis hace orilla con el océano y no hemos visto pizca de él hasta ahora. Espero que sea así, tengo el trasero adolorido y mis piernas piden movimiento. ¡Ya las tengo atrofiadas! —añadí entre risas.

Después de siete horas, más del doble de lo que decía la guía de viajes, llegamos a la estación principal de autobuses de la ciudad. Fue un largo trayecto en el que casi no nos movimos. Nuestros músculos empezaron a contraerse y a estirarse extenuadamente para descender las escaleras del autocar y retirar nuestras mochilas que permanecían en la parte superior del vehículo.

La terminal rebosaba de gente y la circulación de autobuses y sept place era realmente caótica. A cada segundo, tenías que vigilar por dónde pasabas para que no te embistiera alguno de esos vehículos.

De una vez por todas, nuestros pies contactaban con el asfalto de Saint-Louis, la primera ciudad fundada por europeos en África Occidental, hacia 1659. Ante nosotros se extendía uno de los conjuntos urbanos, arquitectónicos, históricos y culturales más importantes del continente negro y una de las ciudades mejor conservadas de la época colonial, desarrollada a partir de una fortaleza construida de adobe. Desde esta base, se extendió una red de vías con un trazado ortogonal construido por oficiales del cuerpo de ingenieros militares.

—¿Qué hacemos? —preguntó Anna al ver que no sabía hacia dónde dirigirse.

—Quizás lo mejor es salir de esta zona y mirar con calma el mapa a un par de calles —propuse—. Así nos podemos situar tranquilamente sin que los conductores de los sept place nos pregunten cada dos por tres a dónde queremos ir.

Decidimos probar esta opción y caminamos hacia unas pequeñas casas a pocos centenares de metros de la estación para averiguar en qué punto exacto estábamos de Saint-Louis y elegir la mejor opción. Si ir andando hasta el hostel que habíamos visto por Internet y que nos había llamado la atención o ir en transporte público.

—Qué tranquilidad prevalece en este sitio si lo comparamos con la estación. Ya estaba nerviosa... —dijo Andrea mientras dejábamos atrás el bullicio de la terminal de autobuses.

La estación de Saint-Louis se encontraba en la parte sur de la ciudad, donde la situación socioeconómica de los vecinos de la zona parecía más bien mediocre si se comparaba con otros distritos que visitamos en Dakar o que posteriormente recorrimos en la misma población. Ninguna de las calles del vecindario estaba asfaltada y la cantidad de polvo que cubría los pequeños callejones era la entidad del lugar, donde suelo y paredes de las chabolas estaban cubiertas por el color rojizo de sus pequeñas partículas. Los niños, descalzos la mayoría, jugaban libremente por las calles del pequeño distrito con pelotas desinfladas o algún carrito de juguete impulsado por las piernas del niño que lo dirigía, al tiempo que otros le perseguían intentando pillarlo. A pocos metros de los chicos, las madres hablaban a sus anchas en las entradas de sus casas, protegiéndose del sol pero sin dejar de vigilar los movimientos despreocupados de sus hijos.

Entretanto, algunos hombres aprovechaban el momento para reparar alguna máquina estropeada o frisar las paredes debilitadas por el constante impacto de los rayos del sol. Otros, en cambio, hablaban de forma descuidada haciendo caso omiso a lo que pasaba a su alrededor y dejando a las mujeres que controlasen a sus descendientes.

—Creo que la mejor opción es coger un taxi para ir al centro. Estamos bastante lejos. Podemos volver a la estación y cogerlo desde allí — propuso Anna al ver que nos encontrábamos lejos del centro.

—Me parece bien —añadí.

Así que, instantes después, partimos rumbo a la estación, situada a un par de centenares de metros, tomamos un taxi después de regatear con el conductor por el precio inicial. Durante el recorrido en el antiguo automóvil vimos una ciudad muy distinta a Dakar.

Saint-Louis era una ciudad adornada por una fina capa de arena proveniente del Sahara, provocando que su color natural fuese marrón ocre mientras que sus calles polvorientas tenían un tono que iba del caqui al pardo, presentándose ante la mirada de los turistas como un espejismo de del Magreb de la edad medieval.

La circulación y el caos de la ciudad no eran tan evidentes y apreciables como en Dakar, aunque esto no signifique que no existiese. Las avenidas principales de la ciudad, como la N2 —carretera que parte desde Dakar hasta Saint-Louis, cruzándola—, la avenida Dodds, el puente Faidherbe y la avenida Général de Gaulle, rebosaban de multitudes de personas. Otros, generalmente jóvenes entre catorce y veinte años, se establecían en algún punto estratégico de la calle para amontonarse en grupo y reírse a costa de los que pasaban por delante de ellos, generalmente de otros jóvenes, o para jugar a ver quién daba el empujón o la colleja más lucrativa entre ellos mismos.

Las mujeres transitaban decididamente, vestidas con prendas típicas y coloridas que alegraban y atenuaban el caos, generalmente hacia alguna tienda de alimentos o a sus casas para preparar la cena con los ingredientes dentro de sus bolsas de mercado. Los hombres, que suelen andar más despreocupados, se dirigían a sus hogares después de una larga y dura jornada de trabajo bajo los rayos lacerantes del sol. Otros, en cambio, preferían descansar en los bares antes de llegar a su vivienda para disfrutar de la compañía de sus amigos o parientes. Finalmente, los más ancianos iban relajados, a veces en grupos de tres o cuatro, conversando sin tener en cuenta el bullicio a su alrededor.

Unos quince minutos después de coger el taxi llegamos al hostel en el cual nos decidimos instalar, el Aubergue le Pélican. Dirigido por un matrimonio de una chica europea y su marido senegalés. Sin dejar de lado al hijo de los dos, que era el alma y la alegría del lugar. En aquel sitio, para viajeros y turistas, se respiraba una atmósfera y una energía de tranquilidad, desconexión y paz. Aparte, los pocos empleados que trabajaban junto al matrimonio, eran muy amables y la infraestructura estaba realmente limpia. Un adjetivo que no siempre puede atribuírsele a cualquier hostel u hotel africano.

El hostel estaba dividido en dos partes. El edificio, que tenía aproximadamente diez habitaciones, y el patio interior, donde había seis cabañas a un precio más reducido. Después de dejar nuestras mochilas en una de las cabañas que nos asignaron como aposento, decidimos ir a la playa a ver el crepúsculo. El día había transcurrido sin atisbar ninguna nube ni verdor, por lo que intuíamos que aquel atardecer sería sin obstáculos meteorológicos.

La playa estaba a unos quince metros de nuestro hostel y esto nos permitía llegar sin largas caminatas, sufrimiento y cansancio a nuestro cuerpo después de un largo día de viaje.

Aunque el ambiente no era tan cargado como el de las calles más transcurridas de la ciudad, la playa era un lugar lleno de vida, sobre todo, gracias a los jóvenes y adolescentes que se reunían para jugar fútbol, trotar o simplemente charlar mientras los rayos del sol se iban apagando lentamente por el oeste, con la melodía de las olas de fondo, impactando suavemente la arena.

La temperatura, inferior a la de gran parte del día, permitía que el aire fuera agradable para pasear y ver cómo se ocultaba el sol detrás del océano. Y el mar provocaba que respirases un aroma a agua salada agitado por una brisa que te transportaba a zonas perdidas del océano donde aún el ser humano no había llegado.

—Mirad aquellos niños jugando al fútbol, son una monada.

—Es verdad, Andrea, vamos a verles. Están para comérselos —añadió Anna y señaló con el dedo a un grupo de niños de unos diez años.

Las dos, sin pensárselo, se acercaron al grupo de chicos que jugaban al fútbol para hacerse algunas fotos con ellos. Primero, empezaron a hacerse selfies con algunos niños que en ese momento descansaban o bien no les apetecía formar parte del partido. Que si una sonrisa por aquí, ahora una mueca por allá y, así, durante un par de minutos hasta que poco a poco todos los niños del lugar, unos veinte calculé, rodearon a aquellas dos jóvenes desconocidas provenientes del hemisferio norte para hacerse algunos retratos.

Me percaté que poco a poco aquella situación se le iba escapando de las manos a las chicas y me reía un poco de ellas, en cierta manera, ya sabía que todo eso formaba parte del «postureo», palabra que cada vez utilizamos más en España y que podría definirse como el acto de fotografiarse por el simple hecho de exhibir en las redes sociales lo que estás haciendo en ese momento, aunque no tenga ninguna relación, en la mayoría de los casos, con tus valores. Tan solo tiene como objetivo que tus seguidores te den más «Me gusta» en las redes sociales. Y tomarse fotos con niños africanos es hoy en día una forma fácil de conseguir estos «Me gusta». Sin tener en cuenta que lo único que estás consiguiendo es menospreciar a la población que te está acogiendo.

—¡Uno de los niños me acaba de tocar el culo! —dijo Anna entre gritos mientras se hacía una foto con algunos de los chavales. A mí se me escapó una leve sonrisa a pocos metros de distancia del infractor.

Pero las dos españolas seguían con sus fotos de rigor para sus amigos virtuales.

—¡Parad! —insistió Anna después de que le volvieran a tocar el culo sin saber quién era el causante.

—¡A mí también me lo han tocado! —dijo Andrea mientras señalaba al posible culpable.

Poco a poco, cada vez eran más los niños que iban tocándoles sus traseros. Yo opté por dirigirme a la orilla del mar y contemplar el cielo anaranjado de aquella tarde.

—¡Àlex, ayúdanos! —me pidió Andrea y se apartó lentamente de los divertidos infractores.

Las dos chicas se acercaron apresuradamente a mí para que los niños se alejaran, pero algunos de los pequeños futbolistas seguían intentando tocar las posaderas de Anna y Andrea. Otros, a la distancia, se reían a carcajadas de la situación. Sin duda, el momento era para hartarse de risa aunque a mí me tocaba disimular un poco.

Después de que se lo pasasen bien a costa de Andrea y Anna durante unos cinco minutos y de que nos siguieran un buen trecho por la playa, los chavales decidieron seguir con el partido. Nosotros acomodamos nuestros traseros en la arena a un par de metros de la orilla, donde las diminutas olas se deslizaban con suavidad en la arena de Saint-Louis.

—Qué tranquilidad, ¿eh? —dijo Andrea mientras unos adolescentes caminaban delante de nosotros fijándose en las dos catalanas.

—Sin duda... —dije y mis ojos miraron fijamente aquel punto amarillo que horas atrás nos atizaba con fuerza.

Quizás, y según el criterio de Ra, ya habíamos sufrido bastante durante la jornada y era el momento de darnos una pequeña tregua. Observé a grupos de jóvenes jugar al fútbol en distintos puntos a lo largo de la playa. La brisa se desplazaba lentamente al ras de la arena, levantaba microscópicos granos de partículas y batía los cabellos de las dos occidentales, formando pequeñas ondulaciones. Mientras tanto, a la distancia, una brillante estrella amarilla durante el día y anaranjada en sus últimos suspiros de la jornada, desaparecía pausadamente para dar paso a la noche, a la luna y al firmamento.

Por unos instantes, tuve la sensación que el tiempo se detenía para darme el privilegio de observar la magnitud de la naturaleza en forma de crepúsculo. Lo que me llevaba a preguntarme por qué motivo no podíamos disfrutar más de esos instantes. Instantes prohibidos a consecuencia de la cultura occidental, donde tener una vida digna era sinónimo de trabajo duro, insistente y agotador. Se trataba de esos momentos en los que una parte de mí abandonaría la cultura occidental para vivir alrededor del mundo, viajando y descubriendo pueblos y culturas.

—¿Volvemos al hostel? —preguntó Anna provocando que mis pensamientos se interrumpieron de repente.

—Me parece bien. Como ya es de noche podríamos ir a cenar, ¿no? —propuso Andrea.

Anna y yo aprobamos la propuesta de Andrea con leves movimientos de cabeza. Dimos un último vistazo al horizonte. Instantes previos, el sol había desaparecido y ahora apenas quedaba una capa muy fina de color rosáceo.

Al llegar a nuestros aposentos, nos cruzamos con una pareja de madrileños, Mar y Pablo, que dormían justo frente a nosotros. Los dos viajaban a Senegal para hacer de voluntarios en un poblado que hacía de frontera con Mauritania. Sus funciones eran cuidar a los enfermos del poblado y así les servía de experiencia y práctica para su futura profesión. Médicos. Ahora tenían cuatro días de parón y querían aprovechar para conocer Saint-Louis y las zonas aledañas. Llevaban un par de días en la ciudad y se la conocían bastante bien, así que nos propusieron ir a cenar con ellos en un local donde estuvieron dos noches atrás y que les encantó. Como nosotros, tenían claro que ir a restaurantes que no estuvieran enfocados al turismo era una buena manera de conocer un poco la cultura senegalesa y, más concretamente, su gastronomía. Así que no dudamos en aceptar su propuesta e ir a cenar con ellos a un local ubicado en el centro de la ciudad. En la isla de Ndar.

Durante la cena disfrutamos de la compañía y aprovechamos para poner en común los puntos de vista de cada uno de nosotros sobre Senegal y, ¡cómo no!, también hablamos de un tema que

últimamente se hablaba mucho en España, el «procés». Movimiento social que tiene como objetivo la independencia de Cataluña de España. En menos de dos meses, teníamos nuevas elecciones en Cataluña, ilegales desde la opinión de una parte de la población española, lo que provocaba un debate abierto e interesante entre los presentes.

La discusión fue cogiendo forma en un pequeño restaurante a más de cuatro mil kilómetros del territorio donde se produciría, dos meses después, una de las jornadas más tristes y lamentables de la democracia española.

Terminada la cena, volvimos tranquilamente al hostel. Aprovechamos la tranquilidad de la ciudad y las suaves temperaturas de la noche mientras cruzábamos por edificios coloniales de estilo francés que, siglos anteriores, habían sido parte del patrimonio cultural de una de las ciudades más importantes y ricas de África Occidental.

José Antonio Masiá⁶, director de una agencia de viajes y trekkings, nos describe de esta manera la geografía de Saint-Louis:

Saint-Louis se divide en tres partes. La primera que hallamos es la continental, de construcción más moderna, donde se alza el barrio de Sor. Desde aquí, a través del puente metálico Faidherbe, con 507 metros de longitud y concebido por Gustave Eiffel, se accede a la isla de Ndar, con dos kilómetros y medio de longitud y una anchura de trescientos metros. Acoge la ciudad colonial. Finalmente, un puente más modesto sirve para cruzar hasta la barra de arena que forma la lengua de Barbarie, una estirada península bañada por el atlántico, donde se encuentran los coloristas barrios de pescadores de Ndar Tout y Guet Ndar.

Páginas más adelante, Masiá narra el origen de esta ciudad entre el océano y el desierto.

Esta región, próxima a la desembocadura del río Senegal, fue explorada por portugueses, venecianos y neerlandeses a partir del siglo xv. En 1633, el comercio de esclavos llevó a la compañía de Cabo Verde a la creación de una primera base comercial. En 1659, para evitar las inundaciones, el francés Louis Caullier trasladó su emplazamiento a la isla de Ndar, fundando así una ciudad bautizada como Saint-Louis en honor a Luis XIV, rey de Francia. El enclave se dotó de una fortificación, agrandada en el siglo xvii. En los alrededores surgieron casas de piedra; también cabañas y chozas donde se alojaban los criados o se almacenaban las mercancías. Poco a poco se creó una urbe bien trazada. A principios del siglo xix, la ciudad creció rápidamente debido al auge del comercio de goma arábiga y de marfil, levantándose muchos edificios públicos, tanto militares como civiles o religiosos. Se eliminaron las chabolas de la periferia y, por último, se unió la isla a las zonas de Guet Ndar y Sor mediante puentes permanentes. En la década que transcurrió entre 1854 y 1864, Louis Faidherbe, gobernador de Senegal, comenzó una serie de trabajos que permitieron el desarrollo de la ciudad como lugar principal dentro de una red de enclaves militares y de vías de comunicación que facilitarían los movimientos de las tropas y de las mercancías a lo largo de África Occidental Francesa (AOF). Este imperio agrupaba Mauritania, Senegal, el Sudán Francés (Mali), Burkina Faso, Benín, Guinea, Níger y Costa de Marfil.

6 Ver el artículo «Con la impronta de la Colonia aún muy fresca», publicado en la revista Altaïr. Senegal. Afán de futuro, número 79, p. 108.

Al llegar al hostel nos fuimos a descansar, ya que al día siguiente teníamos que visitar la ciudad de arriba abajo y tan solo teníamos un día más para conocer la vida cotidiana de la urbe y sus habitantes. Nuestra intención era levantarnos a primera hora de la mañana y terminar nuestra introspección en la sociedad de Saint-Louis a última hora de la tarde, cuando el sol desapareciera por el oeste una vez más.

El sol poco a poco iba abriéndose paso por el este mientras sus primeros rayos impactaban con los edificios más altos de la antigua colonia francesa. Algunos pájaros, los más risueños, empezaban a entonar sus cantos en las copas de las palmeras que se situaban en el interior del patio del hostel, mientras que otros apuraban el poco tiempo que les quedaba para la interacción humana para coger las migajas de algún bocadillo o tentempié de algún turista. De vez en cuando, se oía el ruido de alguna cazuela que estaba siendo utilizada por alguna de las cocineras del Aubergue le Pélican o las voces de algunos transeúntes que se encontraban en la calle, mayoritariamente hombres que se dirigían a sus respectivos oficios.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. Deberíamos ir moviéndonos si queremos ver el mercado y los otros puntos de la ciudad más alejados —contesté mientras Andrea hacía cara de poco entusiasmo y Anna seguía durmiendo.

—¿Despertamos a Anna?

—Me parece bien.

Faltaban poco más de diez minutos para las ocho y media y nuestros cuerpos se dejaban caer en las sillas del comedor del hostel, en el segundo piso del edificio. Tres platos, cada uno con una especie de tortilla a la francesa, nos esperaban acompañadas por un conjunto de mermeladas, mantequilla, café y té, una bandeja repleta de frutas, leche y un Tetra Brik de zumo de naranja, un huevo duro y un poco de pan.

—¡Buenos días! —nos sonrió la chica que trabajaba en el comedor.

—¡Buenos días! —respondimos.

El calor de la mañana entraba con fuerza por las ventanas de la sala obligando a utilizar a todo su potencial un par de ventiladores y evitar que el ambiente no fuese tan agonizante mientras desayunábamos.

Desde la ventana del comedor apenas se podía presenciar la circulación de la ciudad, pero nuestros oídos apreciaban los gritos, bocinas y automóviles en marcha. Sin duda, Saint-Louis ya estaba en movimiento y era cuestión de tiempo, el justo para finalizar nuestro desayuno, para empezar a conocer aquella esencia de la antigua colonia francesa. Nuestro apetito disminuía con las raciones de frutas y tortillas.

Entretanto, revisé la guía que había comprado en Barcelona para tener una información más precisa de los dos países y, ¡cómo no!, saber cuáles eran aquellos lugares más recomendados por la Guía azul, el libro que me iba orientando para visitar el país.

Pasados unos veinte minutos del desayuno y de tener una idea de las primeras visitas que haríamos, tocaba ponerse en marcha y coger un autobús que nos llevaría al centro de la ciudad por no más de veinte céntimos.

El ambiente estaba cargado de olores de especies, de sudor y humedad. Sin duda, la acumulación de gente en tan pocos metros cuadrados era una prueba para nuestros olfatos acostumbrados a aromas menos densos.

Andrea, Anna y yo junto a decenas de personas, nos encontrábamos dentro de un autobús en el que apenas cabía un alfiler y donde casi no podíamos movernos del sitio inicial. Estábamos anclados con el resto de los pasajeros. Éramos piezas de Tetris encajadas de tal forma que no dejábamos ningún espacio libre. Hombres, mujeres, niños y ancianos sometidos entre todos a una presión corporal. Pero había una de ellas que tenía espacio suficiente para hacer sus obligaciones como trabajador.

Después de años viajando, era la primera vez que veía una jaula en medio del autobús, con una persona en el interior vendiendo los tickets depositados en una pequeña mesilla al lado de infinitas monedas para el cambio, como justificante de que los pasajeros habían pagado por sus servicios en caso de que viniera la policía a inspeccionar la pillería de sus clientes. Igual que pasó el día anterior en el viaje de Dakar a Saint-Louis, monedas, billetes y tickets iban pasando de mano en mano de los que nos encontrábamos en el interior del autobús para llegar a la persona encargada de vender los tickets para luego enviar el cambio con el billete a su propietario. La única diferencia entre ambos viajes, es que el del día anterior, la cabina no se instalaba en medio del vehículo.

Me percaté de otra pequeña figura del Tetris humano. Esta también desentonaba con el resto de los pasajeros, aunque era visiblemente más pequeña que las demás. La diminuta figura estaba aposentada en el regazo de su madre mientras tomaba de su pecho sin rechistar con los ojos cerrados y sin preocuparse por el resto de los presentes. El ruido que se asomaba detrás de las ventanas del autobús no era suficientemente molesto cómo para soltar aquellos grandes pechos llenos de leche. Tampoco parecía que el aire cargado del interior del vehículo fuera una molestia para su olfato. Tan solo el leve movimiento de su madre al acomodarse mejor hacía que por un instante el niño dejase de amamantar, pero reanudaba su actividad segundos después.

—¿Habéis visto qué cosa tan bonita? —nos preguntó Anna mientras señalaba con la mirada al bebé.

—¡Es precioso! —respondió Andrea.

—Voy a hacerle una foto.

En ese momento, un pequeño repudio cobró vida en mi interior al escuchar esas palabras. ¿Acaso Anna se dedicaba a hacer fotos a las mujeres en Barcelona amamantando a sus bebés? ¿Podía ser que nunca

hubiera visto a una mujer dar el pecho? ¿O es que era el primer bebé de color que veía? Sin duda, mi cabeza tenía las respuestas a esas preguntas al instante de formularlas pero, a la vez, me sorprendía su actitud. ¿Acaso no veía que el simple hecho de intentar hacer aquella foto sin preguntar a la mujer era una falta de respeto? Me gustaría ver qué pasaría si los papeles se turnasen y ella estuviese en la playa tomando el sol y un par de chicos decidiesen ponerse delante de ella para hacerle una foto en bikini. Seguro que no se lo tomaría nada bien. ¿No veía que su comportamiento era incorrecto y desproporcionado? Sus intenciones me removían el estómago y me demostraban que aquella chica no estaba preparada para este tipo de viajes. Su madurez, o más bien su inmadurez, nos podía traer algún inconveniente.

—Creo que no es una buena idea —le dije justo cuando ella ajustaba la cámara para ejecutar sus intenciones.

—No creo que pase nada. Es solo una foto.

—La madre se puede enfadar —repliqué.

Sin atender a mis consejos, aquella chica siguió con su propósito y se ubicó justo enfrente de la madre, buscando la perspectiva que consideraba más adecuada.

Andrea contemplaba la situación. Mientras yo pensaba que aquel gesto no era el apropiado. La mujer se lo podía tomar mal y eso podía provocar algún desencuentro. Anna se inclinó levemente para enfocar el bebé y justo en ese instante mis presagios se cumplieron.

De repente, al ver las intenciones de Anna, la madre del niño empezó a chillar, supongo que en Wolof o Diola, a la chica occidental. No entendimos ninguna palabra, pero claramente podíamos intuir a qué se refería.

Esos gritos provocaron que el resto de los viajeros se percatase de que algo estaba sucediendo y todas las miradas se centraron en la mujer que chillaba y en Anna. La chica empezó a levantar las manos mientras que un hombre señalaba a la desafortunada fotógrafa y miraba a los pasajeros con cara de desaprobación. Con el calentón del momento y al ver que Anna se empequeñecía cada vez más, el hombre sumó sus reclamos a los gritos de la madre y entre ambos la emprendieron con frases que poco tendrían que ver con las cualidades fotográficas de la chica española.

La cara de Anna era un poema. Andrea me miraba sin saber muy bien qué hacer o decir y yo tan solo esperaba a que se calmasen los aires. Sin duda, ese pequeño sermón estaba más que justificado y no sería yo quien se opusiera a mis opiniones sobre lo sucedido.

Los pasajeros asentían en silencio y nos observaban con reproche. En ese momento, recordé un fragmento de *Lo que no se da se pierde*, libro que habla sobre la vida de la religiosa barcelonesa Isa Solá escrito por Mey Zamora.

Isa era muy aficionada a la fotografía. Tanto en Guinea como en Haití immortalizó puestas de sol, paisajes y escenas cotidianas. Los niños siempre estaban en el objetivo de su máquina,

pero era muy escrupulosa. A aquellos que venían de fuera siempre les señaló que había que respetar la dignidad de las personas. Les indicaba que no debían retratar estampas de su miseria. (2018: 157)

Quizás mi consejo no fue tan profundo y tenaz cómo el de Isa, pero tenía claro que aquella chica no sería ni la primera ni la última persona que se encontraría en esa situación. Son demasiados los occidentales que viajamos asumiendo que somos los amos y señores del mundo. Sin duda, la falta de madurez de Anna nos había comprometido y tan solo esperaba que no volviera a suceder. Esos aires de superioridad hacia los africanos que posteriormente detecté en ella en más ocasiones, hizo que en muchos momentos mi indignación aumentase. Esa chica no comprendía que nos encontrábamos en un país desconocido y ante una cultura distinta a la nuestra, cuyas formas de pensar, de entender las cosas y de ejecutar sus acciones se regían por razonamientos distintos. La situación me recordó a un fragmento que leí en *La aventura de viajar* de Javier Reverte, donde describe este incidente en un mercado local:

Los periodistas hacíamos fotos a los monos y a los vendedores. Pero al cabo de unos minutos, súbitamente, una mujer casi anciana, que fumaba en pipa y nos observaba en silencio desde nuestra llegada, gritó en su lengua algo que sonaba a insulto y los vendedores se unieron a ella y se alzó un clamoroso griterío alrededor de nosotros. Un periodista dijo que quizás pensaban que les estábamos robando el alma, ese tópico atroz que siempre suelta alguien en África cuando fotografía la miseria y la gente se rebela contra ello. Yo creía entender bien, sin embargo, lo que aquellos hombres y mujeres trataban de expresar: no querían ofrecer el retrato de su indignidad a unos extranjeros que, con toda probabilidad, días después, exhibirían en sus cenas a los amigos las escenas de su mundo desesperado, pobre y feo. (2008: 124)

Después de que los aires se calmasen por completo seguimos el trayecto en dirección al centro. En cuestión de pocos minutos llegaríamos a nuestra parada y empezaríamos la visita por la zona colonial y más importante de la ciudad.

El bullicio del ambiente y el calor asfixiante de aquella mañana de agosto, era la causa principal de que la ciudad no fuera apta para hipocondríacos. El tránsito constante de vehículos y la aglomeración de gente en las calles principales del casco antiguo para comprar alimentos, provocaban que nuestro paso se aletargara y entorpeciera. A la vez que el resto de personas que marchaban en nuestra dirección parecían formar parte de nuestro grupo reducido de tres extranjeros. La distancia entre el resto de transeúntes y nosotros en ciertos instantes se reducía a la mínima distancia, provocando que en ciertos momentos nuestros pies fueran pisados por algún despistado. Seguramente, era en esas calles de Saint-Louis donde los carteristas alcanzaban sus mejores cualidades profesionales a costa de transeúntes distraídos y turistas desorientados.

—¿Entramos a ver esos pañuelos? —preguntó Anna al percatarse de un escaparate que exhibía un conjunto de tejidos de llamativos colores.

—Sí. Quizás compremos alguna para cubrirnos del sol. Me gusta especialmente ese de allí —dijo Andrea, mientras miraba un pañuelo de tonos verdes y amarillos.

Mientras las chicas hacían sus primeras compras en el país, yo me dispuse a sentarme en uno de los escalones que daban la bienvenida a esa pequeña tienda situada en la avenida Dodds intentando comprender, a través de la observación, un poco más sobre la vida de aquellos habitantes de la segunda ciudad más grande del país.

Algunas piezas de fruta se encontraban resplandecientes en los carritos algo oxidados del mercado situado en las aceras de la calle Dodds, mientras otras no corrían la misma suerte y eran consumidas por algún gato con dotes de ladrón. Otras, en cambio, tenían ciertas imperfecciones en su piel y eran automáticamente arrojadas en el suelo o bien las depositaban en alguna de las esquinas de la plataforma donde se exponían para no dañar la imagen del resto. Limones, naranjas, melones, manzanas y otras frutas eran las más abundantes en los escaparates.

Pasos más adelante, era el turno de los establecimientos de verduras como cebollas, coles o lechugas. Y, hacia el final de la calle, justo frente a unas de las entradas principales de la infraestructura más antigua del mercado, y que fue donde se instalaron los primeros escaparates, se apreciaban decenas de puestos preparados principalmente para la venta de pescado. Pescado que, según decían los carteles, eran recién sacados del océano. Aunque desde mi ignorancia sobre la práctica de la pesca, aquellos ejemplares tenían más bien pinta de sufrir cierta descomposición. Seguramente mi olfato me ayudó a intuir que estaban en mal estado, ya que pequeñas ráfagas de aire iban y venían cargadas de un olor putrefacción.

Después de quince minutos de observar la interacción del centro de la ciudad, las chicas catalanas terminaron de hacer sus compras y proseguimos la ruta por los callejones del mercado.

Igual que los carritos y las tiendas ambulantes del mercado establecido en las calles más concurridas, el caos y el movimiento humano eran constantes. Aunque en este caso había tiendas y locales en lugar de mesas y escaparates callejeros con comida fresca con alguna que otra mosca de decoración. Tiendas que se centraban en la venta de ropa y tejidos, la mayoría elaborados con colores vivos y con estampados relacionados con la vida y esencia del continente negro. Se trataban de unas tonalidades que, al verlas, tu imaginación te transportaban a los lugares más remotos del territorio africano, donde la virginidad de las últimas tribus salvajes y la pureza de la naturaleza te hacían sentir un ser insignificante ante el mundo.

—Nos podríamos hacer unos pañuelos a la medida, ¿no? —sugirió Anna al ver cómo en una de las tiendas del mercado confeccionaban un pañuelo de colores vivos para una mujer que esperaba algo impaciente el resultado de su nuevo atuendo.

—Me parece buena idea. Tenemos que aprovechar antes de irnos de la ciudad —contestó Andrea al ver que su amiga le sugería una agradable propuesta—. Sobre las cuatro deberíamos coger el sept place para ir hacia el desierto.

Otra vez, y siguiendo los pasos que había hecho aproximadamente media hora antes, aproveché la ocasión para visualizar cómo vendían los comerciantes sus productos a los clientes de la ciudad y

uno que otro europeo con cara de pagar cantidades muy razonables para los bolsillos de los mercaderes. Sin duda, aquel lugar y sus alrededores era el alma de Saint-Louis, aparte de una pequeña imagen de la naturaleza y la propiedad del continente en general, donde las relaciones entre la población aún está muy viva y poco castigada por las nuevas tecnologías.

Al terminar las últimas compras realizadas por las chicas, a un precio justo por ambas partes, decidimos volver al hostel para comer alguna cosa y aprovechar para descansar del sol agotador que sacudía con fuerza la ciudad senegalesa y para recobrar fuerzas para la ruta que nos esperaba por la tarde para conocer el desierto.

5 DESIERTO DE LOMPOUL

Viajar es descubrir que todo el mundo se equivoca. Cuando uno viaja, tus convicciones caen con tanta facilidad como las gafas; solo que es más difícil volver a ponerlas en su sitio.

Aldous Huxley

Su mirada desde el exterior provocaba un leve remordimiento en mí. Su inspección ocular, algo desencajada y cansada, observaba fijamente cada uno de los movimientos que se producían en el interior del sept place hasta enfocar sus pequeños ojos en mi rostro.

Tan solo fue necesario un instante, unas pequeñas décimas de segundo, para que nuestras miradas chocasen y se lo dijese todo desde ese lenguaje mudo y desconocido, pero, a la vez, descifrable por todos.

Él, fuera y con el cuerpo de no más de un metro de altura, buscando entre los escombros para poder superar un día más. Yo, sentado en la parte delantera del automóvil saboreando unas galletas que probablemente son un lujo para muchos de los suyos. Él pidiendo caridad y compasión por intentar ser aquello que difícilmente podrá llegar a ser. Yo, relajado en mis pensamientos, dentro de una burbuja ajena a la realidad del planeta. Dos culturas, dos formas de ver la vida en el mismo lugar y momento. Pero, como pasa habitualmente, el débil aparta sus diferencias entre los dos mundos y deja escapar una leve sonrisa. Quizás por autocompasión, puede ser por vergüenza a llevarse una reprimenda o, sencillamente, por que le han enseñado a tener una conducta sumisa ante el blanco. Finalmente, esa leve sonrisa, pero a la vez enérgica, aparece entre sus labios en señal de aceptación y comprensión. Entiende que solo con ese acto puede llevarse algo a su favor.

—¿Te apetece una de estas? —le ofrecí mientras bajaba la ventanilla del coche y le señalaba un paquete de galletas que tenía en la mano.

Su mirada enfocaba aquel pequeño manjar en señal de victoria.

—Merci! —susurró mientras engullía una de las cuatro galletas que le ofrecí.

Segundos después, guardó las tres restantes e intentó buscar otras almas caritativas dispuestas a ofrecerle comida o dinero. Pero no encontró a nadie. Así que se quedó observando mis movimientos

desde el otro lado de la ventanilla a la espera que algo o alguien le desviasen la atención. Mientras el chico esperaba, la muchedumbre del exterior seguía su curso en la estación principal de autobuses de Saint-Louis.

La terminal estaba tan repleta como el día de nuestro regreso. Viajeros de otras partes del país, del sur de Mauritania y otros tantos que esperaban a que se llenasen los vehículos para llegar a sus destinos. Los automóviles no dejaban de circular por la terminal con los cláxones sonando a cada segundo mientras la acumulación de basura se extendía en cada una de las esquinas de la estación, provocando que la brisa llevara aromas desagradables hasta nuestros olfatos.

El sol tampoco daba tregua en su insistente esfuerzo para impregnar la ciudad de un calor asfixiante, provocando que los aromas procedentes de los escombros de las calles no dejasen a nadie, o por lo menos a nosotros, indiferentes.

Minutos después de llenar el sept place nos dirigimos hacia el sur, dejando atrás a una de las ciudades coloniales africanas del antiguo imperio francés. Los campos de tierra marrones que rodeaban el asfalto de la carretera estaban totalmente yermos, sin vegetación, a excepción de algún solitario baobab que aún se mantenía firme ante la brusquedad de la geografía desértica. Algún solitario poblado y los pocos rebaños de vacas, la mayoría desnutridas, eran otros pequeños ejemplos de supervivencia. El resto, era un lugar sin flora, ni fauna y despoblado.

—¿Qué es eso? —preguntó Andrea, señalando un bulto que sobresalía en el lateral de la carretera.

—Me parece que es un animal muerto —respondió Anna, y se fijó en aquel objeto inmóvil.

Aparte de la soledad, de vez en cuando se precisaban pequeños cadáveres que yacían en el lateral del arcén de la carretera, ganado que no había podido soportar las duras condiciones climatológicas. En cambio, otros, la mayoría en el aire y planeando en forma circular, festejaban por aquel manjar succulento que les esperaba gracias a las condiciones de secano en las que se vivía.

—Sobre nosotros hay buitres, a la espera del momento de comerse la vaca que acabamos de pasar —matizó Anna.

Un par de horas después de partir de Saint-Louis, nos dimos cuenta de que pronto llegaríamos a Kébémér, lugar donde tendríamos que coger posteriormente un taxi para llegar al desierto de Lompoul.

En la estación de autobuses nos explicaron que el trayecto hasta Kébémér era de aproximadamente dos horas, tomando en cuenta que aquella fracción de tiempo tan solo era una orientación para el viajero, ya que a lo largo del viaje podían surgir contratiempos que alterasen notablemente la hora estimada. El pinchazo de una rueda, un accidente en medio de la carretera, un colapso de vehículos a causa de unas obras. Así que, para asegurarnos que bajábamos en la ciudad correcta, le pedimos a un trabajador de la estación de autobuses que le dijera al conductor del sept place que nos avisara del momento en que debíamos bajar del vehículo, ya que este no entendía nada de francés, y mucho

menos inglés, y no podíamos comunicarnos con él. Pero, como sucede en ocasiones y más en viajes lejos de casa, las indicaciones dadas fueron desoídas o bien la información se trastocó entre el conductor, el interlocutor y nosotros. De esto, no nos dimos cuenta hasta pasados unos treinta kilómetros de Kébémér.

Mientras nos dirigíamos hacia el desierto de Lompoul, el paisaje cambiaba poco a poco a tonalidades verdes por la vegetación que iba apareciendo. Paralelamente, la población se iba incrementando a causa de la proximidad de los distintos pueblos que conectaban Dakar con Saint-Louis. Las paradas ambulantes, a los costados de la carretera, eran cada vez más frecuentes según nos acercábamos al sur y, concretamente, a la capital del país. El caos de la circulación, apenas visible media hora antes en medio de la nada, adquiría fuerza a medida que cruzábamos estos pueblos.

El fervor y el bullicio de los transeúntes se palpaban cada vez más en una sociedad mayoritariamente musulmana donde no faltaba uno de sus íconos más emblemáticos e importantes: las mezquitas.

—¡Qué cambio de actividad!, ¿no? —comentó Andrea cuando el conductor estacionaba a la orilla de la carretera en uno de los pueblos. Una de las ocupantes, una mujer de rostro cansado y vestida de alegres y vistosos colores, descendió del vehículo.

—Sí, hay mucha actividad. Y más si lo comparas con el paisaje de apenas hace media hora, donde tan solo había desierto —respondí.

Instantes después de que la mujer sacase su equipaje del maletero, el conductor dijo algo que no entendimos y tampoco le dimos mucha importancia, ya que parecía que dijese una palabra suelta y sin sentido, aparte que lo comunicó sin mirar al resto de los cinco ocupantes del auto y, sin un tono de advertencia, sino mirando al frente con el mismo semblante de aburrimiento que mantuvo desde que partimos de Saint-Louis.

El conductor arrancó el coche y siguió su camino hasta Dakar, ciudad en la que terminaba el trayecto pero que, a la vez, no era nuestro destino. Nosotros teníamos que bajar a la mitad del recorrido, exactamente en la ciudad de Kébémér.

Aproximadamente media hora después, más o menos a unos treinta kilómetros más hacia el sur de la ciudad donde se bajó la mujer de los colores llamativos, Andrea preguntó a uno de los pasajeros del automóvil si faltaba mucho para llegar a Kébémér.

La cara de preocupación del joven chico me hizo pensar que nos habíamos saltado nuestra parada y que la única forma de enmendar el error era regresar.

—Hemos pasado la ciudad hace rato —respondió el chico.

—¿Hace mucho? —preguntó Andrea a la espera de recibir una respuesta más o menos esperanzadora.

—Una media hora. Era la ciudad donde se ha bajado la mujer que estaba sentada a tu lado —informó el chico y Andrea no pudo ocultar su cara de preocupación.

—¿Qué podemos hacer?

—Avisar al conductor que os deje aquí.

—¿Le puedes decir tú? No nos entiende.

—Sí. No te preocupes.

Los dos ocupantes del vehículo, el conductor y el joven chico, empezaron a hablar mientras nuestros oídos intentaban descifrar lo indescifrable para nuestro conocimiento de la lengua local. La cara del primero era de pocos amigos y con pocas ganas de hacer algo para ayudarnos en la situación que nos encontrábamos.

—Dice que os deja aquí —nos avisó el chico después de concluir la conversación de apenas diez segundos.

—¿Y no nos puede dejar otra vez a Kébémer?

El chico volvió a la carga por nosotros y, otra vez, los dos ocupantes del sept place volvieron a discutir brevemente ante nuestras miradas de incompreensión.

—Dice que os deja aquí. Que ya os ha avisado de cuál era vuestra parada y que la culpa es vuestra si no habéis bajado.

—Pero si a nosotros no nos ha dicho nada. Si apenas ha movido la cabeza durante todo el viaje. Es imposible que nos haya dicho alguna cosa.

—Dice que os ha avisado cuando ha bajado la otra mujer.

La cara de los tres fue de incompreensión. Quizás aquella insignificante y sin sentido palabra que salió de su interior, mientras no dejaba de mirar al frente, era la advertencia y el aviso que nos daba para bajar. ¿O quizás nunca nos avisó? La cuestión es que teníamos que resolver el problema y lo único que teníamos claro es que no nos podíamos alejar más de la ciudad de Kébémer.

—Dile al conductor que bajamos —le dijo Andrea a nuestro interlocutor con el conductor.

Un minuto más tarde estábamos los tres en medio de la carretera con nuestras mochilas, pensando qué podíamos hacer para retomar el camino. No obstante, la suerte del viajero se puso de nuestra parte y no dejamos escapar la oportunidad. Justo del lado contrario de la calzada, un control policial formado por un hombre y una mujer, vigilaban que la circulación en la carretera fuera la adecuada según las normas de tráfico. Tomando en cuenta la situación en la que nos encontrábamos y teniendo a dos agentes a escasos diez metros no dudamos en preguntarles si nos podían ayudar.

—¿De dónde sois? —nos preguntó el agente de casi dos metros de altura por uno de ancho.

—Barcelona —respondió Andrea.

—¡Barcelona! Yo soy del Barça. Messi, Iniesta, Xavi, Piqué, Neymar... Los mejores jugadores del mundo.

—¡Los mejores! —añadí.

—¿Qué necesitáis?

Andrea, con su buen nivel de francés, le explicó al agente lo que nos había sucedido y le pidió si podía ayudarnos a encontrar algún vehículo para que nos llevara a Kébémér. El agente, después de escuchar el resumen de Andrea, no tuvo ningún reparo en ayudarnos para llegar a la ciudad situada a unos treinta kilómetros más al norte.

—Muy bien. Intentaré ayudaros. Esperad aquí y ahora os busco algún vehículo.

Aprovechamos el momento para relajarnos en el interior de la cabaña de control policial. En cuestión de minutos, las nubes conquistaron el cielo y descargaron con fuerza una lluvia en forma de cortina de agua que no cesó hasta pasado un cuarto de hora. Así que lo mejor era esperar en el interior y protegerse de aquellos furiosos goterones que impactaban con dureza contra la piel de alquitrán del asfalto, provocando que cada gota se disolviera, al impactar, en otras más pequeñas.

—Chicos, este autobús os llevará a la ciudad de Kébémér. Les he dado la orden de que os avisen cuando lleguéis a vuestra parada. Aunque creo que ya lo veréis vosotros mismos.

—¡Muchas gracias! —respondimos, al saber que ya teníamos resuelto el problema de cómo llegar al desierto de Lompoul.

—De nada. ¡Qué tengáis un buen viaje!

Gracias a la amabilidad del agente emprendimos el camino hacia el desierto y recobramos la esperanza de llegar a la hora prevista, justo antes de la cena, donde había un espectáculo de tambores y música alrededor de una gran hoguera.

Durante el trayecto de vuelta a Kébémér la esencia fue la misma que la de dos días antes, cuando fuimos de Dakar a Saint-Louis. Multitudes se aposentaban en el interior del autocar haciendo que, en ocasiones, un asiento fuera ocupado por dos pasajeros. Nosotros, extraños ante los ojos de los demás, éramos el centro de atención de aquellos que nos rodeaban. Que hacían tres tubábs (blancos en el idioma Wolof) en el interior de aquel vehículo, se debía preguntar más de uno de los allí presentes. Pues, sencillamente, vivir la esencia de un país que se ve desde los ojos de un viajero y no de un turista. A todas estas, como no tenía conocimiento de francés, y mucho menos de Wolof, me abstuve de dar respuestas a las preguntas que seguramente se generaban.

Al llegar a Kébémér, cogimos un taxi. Este nos llevó a las afueras del desierto de Lompoul, donde un vehículo nos esperaba desde una hora antes, para llevarnos a la zona de las jaimas, tienda

generalmente de cuero que utilizan los nómadas árabes en el desierto. Para nosotros, ese vehículo que nos esperaba para hacer el último tramo de unos diez kilómetros, una especie de jeep camión con la parte trasera descubierta. Fue una grata sorpresa después de un trayecto que se había alargado más de lo necesario.

La noche ya había caído en el extremo más occidental de África y la luna iluminaba la poca vegetación que se percibía en la oscuridad. El conductor y el copiloto, dos chavales que apenas llegaban a la mayoría de edad, si es que llegaban, nos invitaron a subir a la parte trasera del camión. El vehículo estaba equipado con cuatro ruedas que no tenían nada que envidiarle a las de los autobuses de una ciudad europea como Barcelona. Con una tracción en las cuatro ruedas y una altura que pasaba el metro y medio, aquellas cuatro patas redondas estaban preparadas para cruzar cualquier tipo de terreno arenoso, incluyendo las dunas del desierto.

Durante el viaje, que no duró más de un cuarto de hora, gozamos del silencio y de la oscuridad de la noche, que tan solo permitía visualizar todo aquello que teníamos a menos de cincuenta metros y gracias a que nuestros ojos empezaban a acostumbrarse a un paisaje teñido del negro de la noche. Durante el trayecto, pudimos apreciar algunos baobabs, eucaliptos, acacias y filaos como vegetación de la zona y un cielo estrellado que no se podía comparar con otros lugares del mundo en el que había estado. Tan solo en las afueras de las gargantas del Todra, en el atlas marroquí, pude contemplar un cielo similar, o más estrellado con la compañía de mis dos buenos amigos Artur y Félix. Los tres, apoyados en el capó del coche, estuvimos más de quince observando aquel paisaje estelar en silencio, con la compañía de nuestro querido Suzuki Alto de color blanco, auto que alquilamos y nos llevó a través de los sitios más inesperados de uno de los países más bonitos que he conocido.

—Atentos con las ramas. Parece que nos vamos a comer a más de una si no vigilamos —les dije a las chicas mientras el jeep camión cruzaba los filaos apenas a escasos centímetros de sus troncos cuyas ramas sobresalían a más de un metro de su tallo.

—Sí, eso parece —respondió Andrea entre risas.

Después de gozar del trayecto, con el aire fresco de la noche y de las sombras de los árboles proyectada por los faros del vehículo, sin dejar de lado el firmamento que nos vigilaba a millones de kilómetros, llegamos a nuestro destino.

Un exquisito manjar de la cocina senegalesa nos esperaba para deleite de nuestros paladares. Llegamos tan apurados de tiempo que los encargados de las jaimas nos invitaron a sentarnos primero para gozar de la cena, ya que había «peligro» de que se enfriara y, luego, ya nos ocuparíamos de instalarnos en nuestros aposentos.

En la mesa donde nos sentamos, conocimos a una pareja de vascos, Miriam e Iñaki, que iban acompañados de un guía de la zona del País Bassari, Abama, que hablaba un castellano más que

notable y que nos ofrecía los servicios de su hermano menor para visitar el sureste del país, si estábamos interesados, a un precio que considerábamos justo.

La suerte se ponía de nuestro lado por segunda vez después de una tarde ajetreada. Aceptamos la propuesta a la espera de que el hermano confirmase que podía hacernos de guía durante las fechas que propusimos.

Durante la cena, gozamos de la compañía de nuestros compañeros de mesa y de los platos tradicionales, sabores y aromas inexplorados hasta el momento. Colmamos nuestro apetito después de un recorrido tumultuoso y lleno de contratiempos que nos impidieron comer algo con calma.

De pronto, empezaron a retumbar tambores a escasos treinta metros de nosotros. Una hoguera iluminaba con ímpetu todo aquello que se encontraba en un radio de diez metros. Las llamas superaban con facilidad el metro y medio de altura. Aprovechamos el momento para sentarnos cerca del fuego, sobre unas mantas que ya habían tendido los dueños del recinto. Escuchamos el ritmo de los tambores y la música de aquellos hombres que tocaban los instrumentos de percusión con una alegría y una fuerza indefinibles.

Poco después, nos sumamos a sus bailes tribales e hicimos de aquel momento un recuerdo especial hasta que la fiesta poco a poco se fue apagando y tan solo quedábamos el grupo de los cinco españoles y los propios músicos. El resto de occidentales habían cerrado el grifo de la diversión desde hacía rato mientras que nosotros estábamos en pleno auge.

—¿Mañana nos despertamos para ver la salida del sol tal y como lo hemos hablado? —les pregunté a las chicas mientras nos acomodábamos en el interior de nuestra jaima.

—Por mí, sí. ¿Tú qué dices, Anna? —preguntó Andrea mientras se dirigía a su amiga.

—¡Me parece bien!

Después de decidir la hora exacta en la que nos levantaríamos, el cansancio superó nuestra energía dada durante la noche alrededor de la hoguera, envueltos por la música africana y el desierto de Lompoul nos aguardaba entre muros de dunas de arena y polvo. Aunque, en general, la noche fue agradable, una tormenta alteró nuestro sueño por media hora. Asimismo, los relámpagos iluminaban por décimas de segundo el interior de la habitación, provocando que fuera difícil obviar el chaparrón que estaba cayendo y los truenos provocados por la madre naturaleza.

—¡Bueno días! ¿Habéis dormido bien? —les pregunté a las chicas mientras aún me acostumbraba al cansancio de una noche algo ruidosa.

—Sí —contestó Andrea—. ¿Has odio la lluvia que ha caído?

—Para no oírla —dijo Anna entre carcajadas.

—Ha sido algo dura, la verdad —apuntó Andrea.

—¿Salimos a ver la salida del sol? —les propuse mientras buscaba la cámara para immortalizar el momento.

Para tener una mejor perspectiva del nuevo día, decidimos subir al punto más alto de una de las dunas que se encontraba a decenas de metros de nuestra jaima. La mala fortuna hizo que una capa fina de nubes grises no permitiera ver el amanecer. Entonces, decidimos abandonar nuestras intenciones de ver salir el sol entre montones de arena y hacer tiempo para el desayuno, pautado para una hora después.

Las chicas prefirieron quedarse en la tienda. En cambio, yo decidí perderme por los alrededores de la zona de las jaimas y ver un poco más la hermosura de aquel paisaje arenoso. Al fin, y sin esperarlo, pequeños rayos de sol aparecieron entre la delgada línea de nubes y se proyectaron entre las dunas.

Por suerte, la cámara la llevaba conmigo y aproveché para hacer algunas fotos. Posteriormente, y después de deambular un poco más, regresé con mis compañeras para degustar el desayuno.

—Àlex, iremos en camello. ¿Te animas? —me preguntó Andrea después de hablar con unos trabajadores que cuidaban los dromedarios y los ofrecían como transporte para recorridos con los turistas y ganarse un dinero extra.

—No. Prefiero quedarme aquí, leyendo un rato.

Aunque acepté de buen grato visitar aquel lugar, sabía de sobra que no dejaba de ser un sitio pensado única y exclusivamente para ganar dinero a costa del turista. Las jaimas estaban cuidadas, limpias y mantenidas hasta extremos muy fuera de lo habitual. Es decir, estaban muy lejos de lo que sería una jaima típica de un nómada del Sáhara. La comida era abundante y la calidad superaba lo que sería una cena típica en medio del desierto. Los músicos con sus instrumentos de percusión, aunque nos hicieron pasar un buen rato la noche anterior, seguramente cobraban por su espectáculo a turistas occidentales con ánimos de conocer la cara falsa de la vida de un país. Aparte, aquellos camellos estaban allí todo el día atados a una barra a la espera de que algún turista quisiera dar una vuelta por las dunas y hacerse la foto de rigor para posteriormente subirla en las redes sociales. Una vuelta que por lo general no pasaba de la media hora. Que no fuera que los traseros de aquellos blancos europeos o americanos que pagaban, no les doliera después de la «dura» y «salvaje» travesía. Aquel era el típico lugar que no encajaba con mi manera de concebir la cultura del país que visitaba.

Me rehusé a formar parte de aquel engaño y decliné la oferta. Preferí conocer un poco más de cultura de la antigua colonia francesa a través de la lectura de El libro de los secretos.

Al mediodía, y después de comer un poco, volvimos a Saint-Louis para aprovechar una última noche en el norte del país. El problema era que no teníamos ningún transporte para llegar a Kébémér. Sabíamos que desde allí pasaban autobuses que iban a la segunda población más importante del país, pero nos faltaba cubrir el primer tramo.

Por casualidades de la vida, teníamos un taxi que venía a buscar a dos chicas catalanas para llevarlas a la playa, que estaba situada a unos diez kilómetros del lugar en el que nos encontrábamos. Aprovechamos para dejar a las dos chicas y luego llegar a Kébémér.

Durante el camino, disfrutamos de la compañía de los baobabs. A medida que nos acercábamos a la costa divisábamos más vegetación que teñía de verde el terreno arenoso. También tuvimos tiempo de realizar una pequeña parada técnica para ver a una manada de buitres dándose un banquete. Devoraban el cadáver de un caballo que, seguramente, no superó las condiciones extremas de calor.

El conductor, de unos veinticinco años, aprovechó la oportunidad de llevar a dos jóvenes y guapas chicas occidentales para enseñarles vídeos del móvil de cómo ejercitaba en el gimnasio sus atléticos brazos para definir los músculos de sus bíceps y el tríceps. Seguidamente, al creer que a las chicas les interesaba su cuerpo, les alardeaba su bíceps derecho en tensión mientras conducía el vehículo.

Al llegar a la ciudad de Saint-Louis, nos dirigimos al mismo hostel en el que estuvimos dos noches atrás y disfrutamos, una vez más, de la compañía de los madrileños Pablo y Mar. Fue un buen momento para hacer una nueva valoración sobre las opiniones que teníamos sobre Senegal según íbamos percibiendo su esencia. Después de una agradable charla y discutir sobre el país, nos fuimos a descansar. Al día siguiente, debíamos volver a la capital para contactar con Celine, la chica que me llevaría a conocer la ONG Por Una Sonrisa en África.